

A historical map of the Malvinas Islands, showing the islands and surrounding waters. The map is overlaid with a grid of latitude and longitude lines. The name "Malvinas" is written in a large, elegant cursive script across the center of the map. In the bottom right corner, there is a small illustration of a sailing ship. The map is framed by a decorative border.

Malvinas

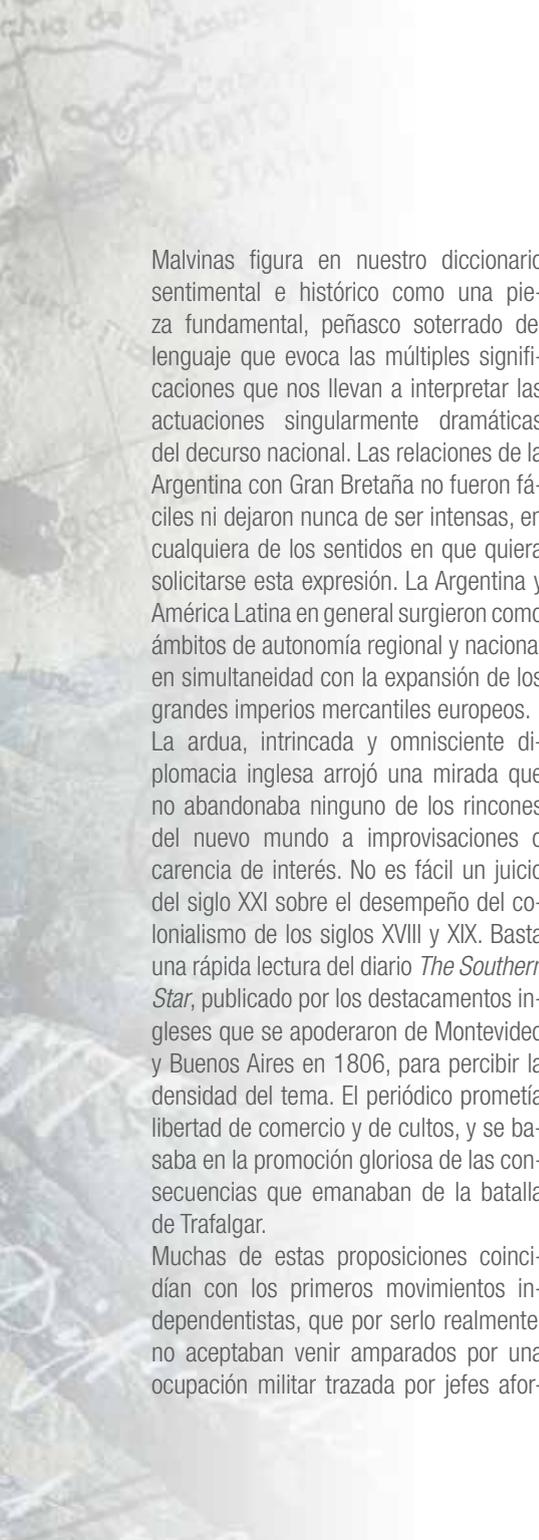
Archipiélago de la memoria

Abril - Junio | Sala Leopoldo Marechal | 1er. piso



Prólogo

St. James's 17th October
In Order to relieve You from the
mission of such Delicacy as The



Malvinas figura en nuestro diccionario sentimental e histórico como una pieza fundamental, peñasco soterrado del lenguaje que evoca las múltiples significaciones que nos llevan a interpretar las actuaciones singularmente dramáticas del decurso nacional. Las relaciones de la Argentina con Gran Bretaña no fueron fáciles ni dejaron nunca de ser intensas, en cualquiera de los sentidos en que quiera solicitarse esta expresión. La Argentina y América Latina en general surgieron como ámbitos de autonomía regional y nacional en simultaneidad con la expansión de los grandes imperios mercantiles europeos. La ardua, intrincada y omnisciente diplomacia inglesa arrojó una mirada que no abandonaba ninguno de los rincones del nuevo mundo a improvisaciones o carencia de interés. No es fácil un juicio del siglo XXI sobre el desempeño del colonialismo de los siglos XVIII y XIX. Basta una rápida lectura del diario *The Southern Star*, publicado por los destacamentos ingleses que se apoderaron de Montevideo y Buenos Aires en 1806, para percibir la densidad del tema. El periódico prometía libertad de comercio y de cultos, y se basaba en la promoción gloriosa de las consecuencias que emanaban de la batalla de Trafalgar.

Muchas de estas proposiciones coincidían con los primeros movimientos independentistas, que por serlo realmente, no aceptaban venir amparados por una ocupación militar trazada por jefes afor-

tunados —muy pronto envueltos por una inesperada derrota—, que querían absurdamente protagonizar el papel que nuestros países le tenían destinado a Bolívar y San Martín, y no a las banderas del famoso regimiento 71° de Escocia, detrás de cuyos gallardetes venían los invasores. La historiografía argentina recuerda esos complejos sucesos que motivaron la muy ramificada y por cierto no desprovista de interés actual, polémica entre Mitre y Vicente Fidel López. Lo cierto es que las relaciones entre Inglaterra y la Argentina están sometidas a las formas más complejas que admite la formación del mundo moderno, pues la construcción del espacio nacional autónomo nunca estuvo exenta de fuertes estilos de intervención británica en áreas económicas esenciales.

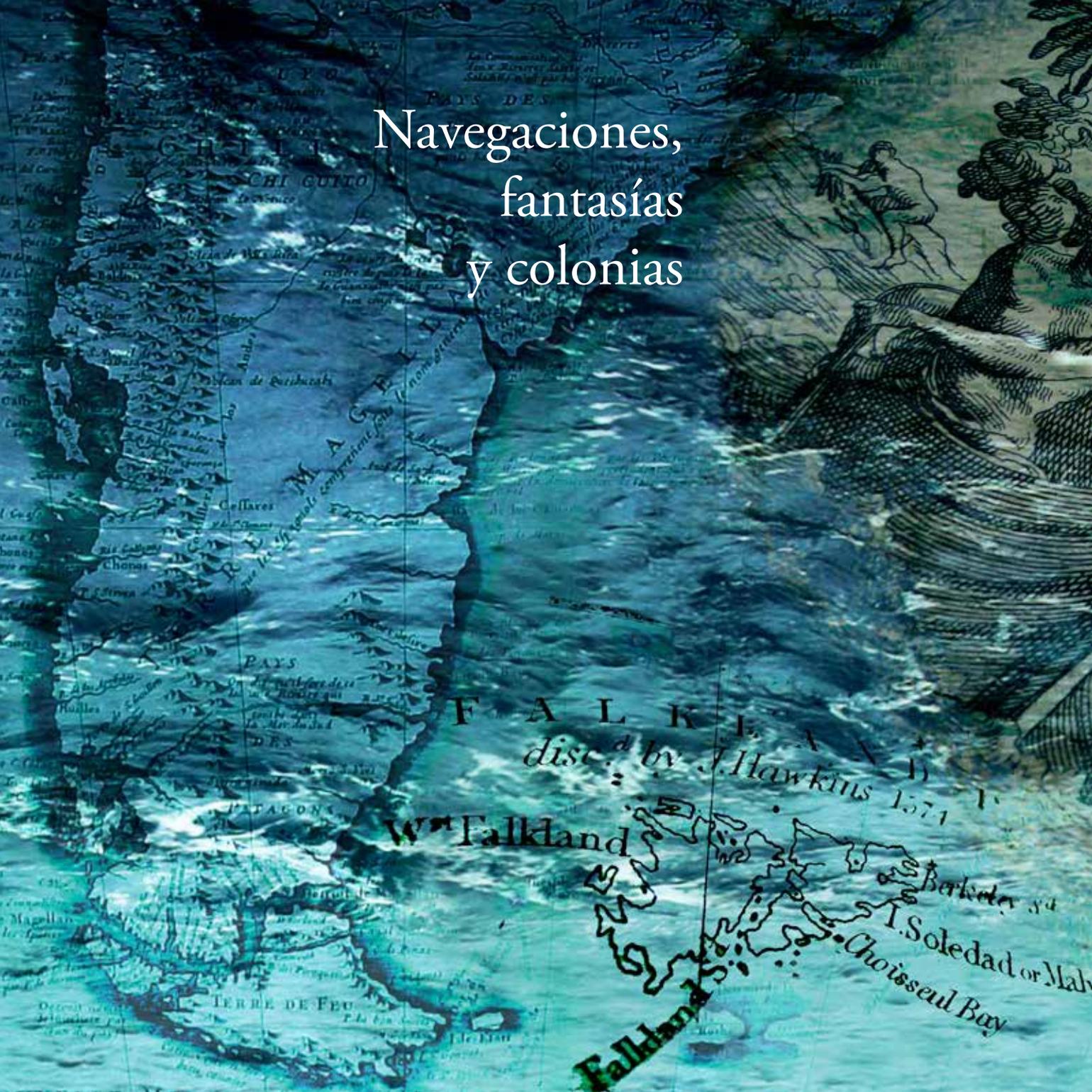
Desde el debate por el empréstito Baring, las polémicas por el establecimiento de las empresas mineras de Famatina en tiempos de Rivadavia, la ocupación de Malvinas en 1833 y la intervención militar de 1845, que culmina en los sucesos de Obligado, hasta la concesión de los servicios ferroviarios que durante más de medio siglo relacionaron al país con un esquema agroexportador regido por una división del trabajo internacional cuyas pulsaciones se medían en la bolsa de Londres, la historia que hoy se abre ante nuestras conciencias actuales admite la interpretación de varias dimensiones.

Los derechos argentinos a las islas, que deben consumarse en el marco de nue-

vas democracias de énfasis latinoamericanista, de un ámbito internacional que promueva un horizonte de paz y de democratizaciones profundas de nuestras sociedades heridas por estremecedoras guerras interiores y exteriores, pueden ser la culminación de una larga serie de vicisitudes que pasen por nuevos cedazos críticos a una modernidad ya arcaica impulsada por la expansión de los imperios mercantiles desde el siglo XVIII hasta el siglo XX. Se trata ahora de reafirmar la soberanía argentina en un nuevo espacio de modernidades cuyos sujetos sean soberanías nacionales que recobren el dominio interpretativo, simbólico y territorial de sus pertenencias históricas y sus recursos naturales, y muestren en este acto de superior urdimbre democrática y social que pueden redimir humana y conceptualmente la vida de vastas poblaciones que —respetadas enteramente en sus derechos culturales, devocionales, antropológicos y lingüísticos—, puedan también dar un paso avanzado hacia una universalidad de ciudadanía plena y goce de nuevas perspectivas existenciales. Bajo el signo de la vida libre, de economías respetuosas del medio ambiente y de colectivos sociales que sepan crear una paz en convivencia renovada.

HORACIO GONZÁLEZ

Navegaciones, fantasías y colonias



des PP. A.
et sur
de Brouwer, M.
Par GUILLIA
de l'Academi
A. A. M.
Chez JEAN COVENS
Geograp
Avec



JOURNAL
DU VOYAGE
DE DOMPERNE
AUX ISLES MALOU

Le Journal est écrit
des Navigateurs qui
tentés de faire
que mes Les
autres ne soient

inas



le Deroit de Magellan
les Evangelistes
les quatre

Unas islas demasiado famosas

POR FEDERICO LORENZ

El verso es parte del poema *Juan López y John Ward*, de Jorge Luis Borges, y remite directamente a la presencia de las islas Malvinas en la historia, la cultura y la política argentinas. Quisiéramos llamar la atención sobre algo que debería ser obvio, pero que la herida profunda de una guerra reciente a veces desdibuja: que el archipiélago austral cargaba con una historia y un peso simbólico que lo transformaron, en 1982, en objetivo de los dictadores, y de allí que la efímera recuperación contó con un importante respaldo popular, constatable a partir del desembarco del 2 de abril.

La demasía adjudicada por Borges al archipiélago austral no era distinta de aquella que podría atribuirse a la historia de nuestra conformación como nación. Si acordamos con esto, debemos entonces pensar que la cuerda que pulsó la dictadura había sido tendida varios siglos antes. Antes, aun, de enero de 1833, fecha de la usurpación a manos de un buque británico que, como no podía ser de otro modo para un país en el que con tanta promiscuidad conviven la historia y la política, se llamaba *Clío*.

Tan cierto es el peso de dicha construcción simbólica como el hecho de que el breve conflicto bélico de 1982 (breve para la crónica, eterno para los sobrevivientes,

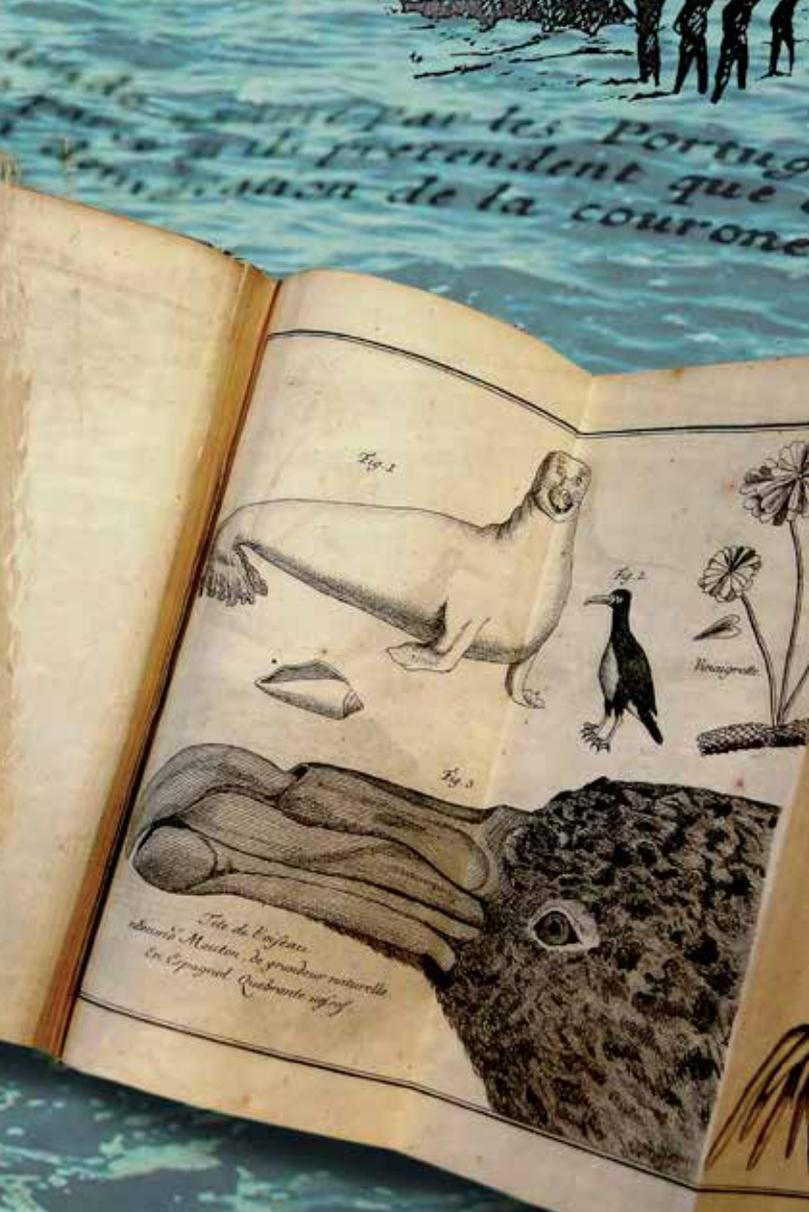
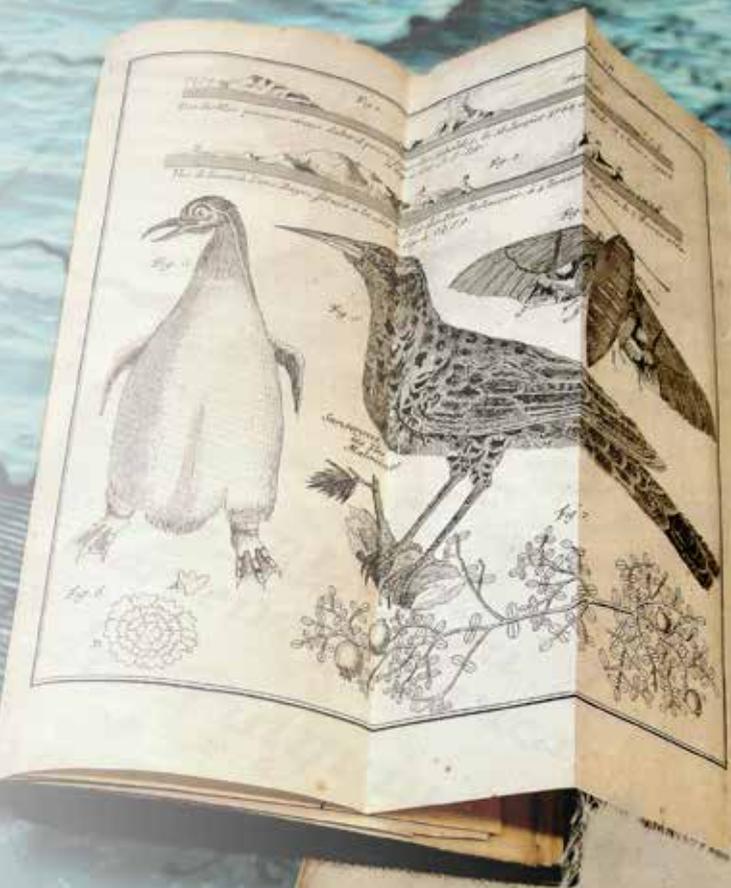
sus familias, y los muertos) ha agregado a la “fama” de las Malvinas una serie de elementos complejos que, profundamente entramados con la historia reciente argentina, dificultan el procesamiento social de dicho pasado, así como la inserción del archipiélago en relatos históricos (nacionales, regionales) más abarcadores.

Por diversos mecanismos de las memorias, parecería ser que “Malvinas” es sinónimo de la guerra para unos, y de una “causa sagrada”, más antigua, para otros. Entre estos dos bastiones de sentido hay pocos espacios y cruces, y es por ello también, arriesgamos, que nos es tan costoso avanzar en la satisfacción del reclamo territorial. A partir de esta hipótesis, esta muestra pretende, desde el lugar de la Biblioteca Nacional, ofrecer elementos para comprender la demasía borgeana de la fama malvinera y ubicar las representaciones en torno a las islas y la historia insular en el marco más amplio de la historia nacional. No para negarla o relativizarla sino, más bien, para ponerla en diálogo con una historia más amplia, para comprender, de ese modo, por qué lo son.

En primer lugar, las islas adquirieron presencia y consistencia en el marco de la expansión ultramarina europea, e inicialmente dentro del proceso de conso-

lidación del imperio ultramarino español, desde finales del siglo XV. El archipiélago hoy conocido como las Islas Malvinas apareció tempranamente en la cartografía europea occidental, como resultado de la búsqueda de un paso que permitiera unir por mar los océanos Atlántico y Pacífico, uno de los principales impulsos para los exploradores de distintas naciones durante el siglo XVI. Durante ese siglo, el mayor esfuerzo lo hicieron navegantes al servicio de la corona española. Franqueado en 1520 el estrecho de Todos los Santos, que lleva hoy el nombre de su descubridor, Hernando de Magallanes, la Patagonia fue objeto de varias expediciones de reconocimiento y ocasionales desembarcos por parte de marinos europeos de diversas procedencias. A la expedición de Magallanes (a la que se atribuye el primer avistamiento de las islas Malvinas) le siguieron exploradores holandeses e ingleses. Thomas Cavendish, por ejemplo, llegó en 1586 al estrecho de Magallanes. Allí se encontró con los restos de una población española, localidad que bautizó Puerto Hambre, y de ese modo comenzó a construirse el estigma de “tierra maldita” con el que se conoce a la región.

Pese a esto, mientras esa fama crecía, ingleses y holandeses sobre todo continuaban sus exploraciones. Como señala



Tête de l'oiseau
sauvage de grande espèce
en Espagne (Roussin 1777)

Susana Bandieri, “no se sabe a ciencia cierta cuándo ni quién descubrió las islas Malvinas. Ya sea que se trate de Américo Vespucio, cuando en 1501 partió de Lisboa y navegó hacia los mares del sur avistando unas costas muy escarpadas en las cuales no pudo desembarcar, o del piloto Esteban Gomes, que al desertar de la expedición de Magallanes en 1520 había divisado unas tierras desconocidas. Lo cierto es que se sabe que los españoles tenían noticias de su existencia desde comienzos del siglo XVI. Ya en un mapa dibujado por Pedro Reinel en 1522 se muestra un conjunto importante de islas en el Atlántico Sur, entonces llamadas “Sansón”.¹

Durante el siglo XVI se mencionan dos supuestos avistamientos ingleses de Malvinas, los de John Davis (1591) y Richard Hawkins (1594). Sebald de Weert, holandés, hizo un reconocimiento de las costas de Malvinas en 1598 y estableció su ubicación exacta, lo que hizo que se le atribuyera el descubrimiento durante los siglos XVII y XVIII, y se las llamara “Sebaldinas”.

Ya en el siglo XVIII, el explorador francés Louis-Antoine de Bougainville llegó a las islas y fundó una población, Port Louis, que entregó a la corona española en 1767. El punto de partida de su expedición, el puerto francés de Saint Malo, bautizó al archipiélago: *Iles Malouines*. Como sostiene Rodolfo Terragno, desde el

punto de vista histórico entre 1520 y los avistamientos ingleses y holandeses, hubo quince expediciones a la región de las cuales doce fueron españolas y tres inglesas. La competencia por el dominio de los mares y las rutas torció esa proporción hasta llegar a la usurpación de 1833.

Durante el célebre viaje a bordo del *Beagle*, en la primera mitad del siglo XIX, Charles Darwin tocó dos veces en las islas. El joven naturalista que se iba a hacer célebre por su teoría de la evolución visitó las islas Malvinas en marzo de 1833, a pocos meses de la agresión británica. Llegó a bordo de la *HMS Beagle*, un buque al mando del capitán Fitz Roy que tenía la misión de realizar relevamientos hidrográficos. Algunos especulan con que el *Beagle* era un buque espía, dada la proximidad entre las fechas de su arribo y la de la llegada de la *Clío*, que tomó posesión de las islas por la fuerza en enero de 1833. Lo cierto es que en el viaje del *Beagle* encontramos el modelo de expansión imperialista británica encarnado en dos arquetipos: el marino/militar y el naturalista; dominar el mundo, mensurarlo y describirlo. Darwin y Fitz Roy fueron actores privilegiados de un proceso general de expansión ultramarina que consolidó a Gran Bretaña como la principal potencia naval y económica hasta las vísperas de la Gran Guerra. La Royal Navy fue una pieza central en dicho proceso: garantizó enclaves estratégicos, protegió a comerciantes, aventureros, científicos y

emigrantes que dejaron su marca en los lugares más distantes de un planeta que iba creciendo al ritmo de la expansión de los mercados impulsados por el desarrollo industrial.

Todo eso estaba muy lejos de las Malvinas cuando llegó Darwin, pero su mismo arribo es un indicio de dicho proceso, así como el hecho de que las islas fueran refugio y zona de caza habitual de barcos loberos de muchas nacionalidades desde décadas antes.

El barco, finalmente, dio la vuelta al mundo, y de ese modo, las impresiones de Charles Darwin acerca de las islas Malvinas ocupan un breve espacio dentro de su obra mayor, el *Diario de un naturalista alrededor del mundo*. Describe una salida a caballo acompañado por dos gauchos muy hábiles en cazar ganado cimarrón y en encender fuego en las pésimas condiciones climáticas que le tocó vivir durante los días que estuvo en Malvinas. “El teatro es bien digno de las escenas que en él pasan”, escribió sobre esa excursión. Describió un paisaje hostil y agreste, con un clima inhóspito, donde el ganado cimarrón era particularmente salvaje y crecía con facilidad, viviendo de pastos que crecían en las tierras onduladas. Entre ellos vivían también gran cantidad de aves, como las avutardas y los halcones. Darwin narró escenas vividas con sus acompañantes que sólo se diferencian de las del Continente en la forma de encender fuego. De hecho, seguramente tenía en la cabeza al hacerlo sus experiencias en la provincia

1. Bandieri, Susana, *Historia de la Patagonia*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005, pág. 50.

de Buenos Aires. Dejó testimonio acerca de la existencia de una especie de zorrillo malvinense, exterminado por los pobladores ya que atacaba las ovejas. Como no podía ser de otro modo, puede verse un ejemplar disecado en el Museo de Historia Natural de Londres.

Los gauchos que acompañaron a Darwin eran dos de los pobladores de origen criollo que vivían allí hacía muchos años. Un comerciante alemán de origen francés, Luis Vernet, estableció en nombre del gobierno de Buenos Aires una colonia próspera y bastante poblada en la conviviencia criollos, uruguayos, españoles, alemanes y otras nacionalidades. Fue esa población la que arrasaron marinos estadounidenses en 1831, en represalia por la detención de buques loberos de ese país, que tenían en las Malvinas tanto sus bases como sus territorios de caza. Es que el archipiélago era, desde hacía tiempo, un lugar conocido para los navegantes de distintas partes del mundo, especialmente aquellos dedicados a la caza de lobos y, posteriormente, la de ballenas. Por ejemplo, cuando David Jewett, en 1820, izó el pabellón celeste y blanco en las islas Malvinas por primera vez, se encontró alrededor de cincuenta barcos loberos de distintas nacionalidades.

Conocemos el desarrollo de la historia posterior: la República Argentina mantiene una disputa diplomática con el Reino Unido desde 1833 por la restitución a la soberanía nacional del archipiélago.

Esa agresión colonialista, por supuesto, no detuvo la historia, pero torció su rum-



bo por caminos que desembocaron, entre otros lugares históricos, en la guerra de 1982.

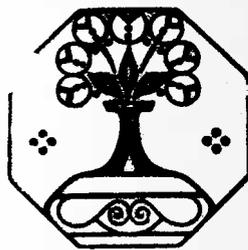
El Estado argentino no abandonó nunca el reclamo por la usurpación británica. En paralelo a esta política, éstos consolidaron esa ocupación instalando familias de colonos, que en muchos casos se mezclaron con los descendientes de los primeros residentes, que vivían allí desde los tiempos de la dominación española y, posteriormente, rioplatense. La colonia británica se consolidó en paralelo al desarrollo de la nación argentina, que alimentó de distintos modos sus vínculos con las islas.

Paul Groussac pensó que como hijo adoptivo de la Argentina el mejor regalo que podía hacerle en el Primer Centenario era un texto que recopilara los títulos históricos y jurídicos que la nación tenía sobre el archipiélago. Distintos intelectuales vinculados al nacionalismo y el revisionismo vieron en la usurpación un símbolo del sometimiento al imperialismo británico, y en la recuperación de las islas una posibilidad de redención nacional. No es azaroso que en 1966, un grupo de militantes secuestrara un avión y lo aterrizará en el hipódromo de Puerto Argentino para confrontar con la dictadura de Juan Carlos Onganía. Como un bajo continuo, desde la década del 30 el tema de las Malvinas comenzó a ganar fuerza en el sistema educativo argentino.

La dictadura militar argentina, que no dejó nada sin corromper, encontró en el archi-

piélago-emblema una salida. El resultado, más de mil vidas humanas perdidas en la guerra y la posguerra, así como el alejamiento fáctico de las islas del territorio continental argentino, quedó plasmado también en una maraña de silencios e incomodidades que agregaron peso a esas islas famosas, controversiales y por eso, también, tan argentinas.

No podía quedar por fuera de la marca metafísica de la muerte algo tocado por ellos. *Juan López y John Ward*, ubica una guerra menor para un imperio pero extraordinariamente central en la cultura política de un país demasiado joven, en el espacio de las cuestiones esenciales que la guerra mueve: la vida, la muerte, la herencia, el legado, y sí, el destino. Palabras tal vez grandilocuentes que han aparecido de manera recurrente en la historia de las islas Malvinas, que es la nuestra. De allí la necesidad de las preguntas que, esperamos, esta muestra abra.



Dos lecturas iluministas

POR EZEQUIEL GRIMSON

En 1771 se publican en París y en Londres dos escritos de género y naturaleza distinta. Ambos discurren de alguna manera sobre el mismo tema. El *Viaje alrededor del mundo a bordo de la fragata del rey la Boudeuse y la urca Étoile en 1766, 1767, 1768 y 1769* y el panfleto denominado *Pensamientos acerca de las últimas negociaciones relativas a las Islas Malvinas* son obra de un explorador y de un filólogo. El explorador es quien fundó la primera colonia francesa en Malvinas, luego entregada pacíficamente a los españoles. El filólogo es uno de los grandes nombres de las letras inglesas y, entre otras cosas, desea evitar una guerra. El explorador es también, a su manera, un filólogo: incluye como apéndice de su libro un trabajo sobre “El vocabulario de la isla de Tahití”. El filólogo por su parte es autor del escrito conocido como “Viaje a las islas occidentales de Escocia” y protagonista del “Diario de un viaje a las Hébridas” de James Boswell. Resulta notable que las obras de ambos autores sean a la vez reflejo y negación del colonialismo.



IRE

AGE
LOUINES

VATIONS

MACQUELAIN,



Viaje alrededor del mundo

Louis-Antoine de Bougainville, matemático, militar y navegante francés, circunnavegó el globo entre 1766 y 1769 publicando luego en París en 1771, a partir de su diario de navegación, un libro titulado *Viaje alrededor del mundo*¹. En la expedición participaron cerca de 200 hombres, entre ellos un astrónomo, un artista y un naturalista. En el capítulo tercero de la obra se narra el desembarco en enero de 1764 de los franceses en Malvinas, realizado durante el primer viaje de Bougainville al archipiélago austral.

Ninguna de las incursiones que pronto ordené por la isla –y que yo mismo emprendí– nos permitió descubrir algún tipo de bosque, ni tampoco la huella de algún navío que hubiese frecuentado estas tierras. Sólo encontré, y en abundancia, una excelente turba que podía suplir a la madera tanto para la calefacción como para la fragua. Re-

*corrí inmensas llanuras cruzadas en todas partes por pequeños ríos de agua cristalina. Por otra parte, para el sostén de los hombres, la naturaleza ofrecía la pesca y toda clase de animales de presa, terrestres y acuáticos.*²

Fundaron una colonia en la actual isla Soledad, originalmente integrada por 19 hombres, 5 mujeres y 3 niños, bautizada como Port Louis. Se edificaron casas cubiertas de juncos, un depósito general y un pequeño fuerte en medio del cual se levantó un obelisco. Bajo los cimientos se enterraron algunas monedas y una medalla, en la que se grabó el siguiente verso de Horacio por exergo: “*Conamur tenues grandia*”³.

Bougainville regresó a Francia para volver a visitar la colonia con provisiones a comienzos del año siguiente:

El 5 de enero de 1765, regresé para ver a mis colonos y los encontré sanos y contentos. Después de haber desembarcado los socorros que les había traído e ir al estrecho de Magallanes en busca de un cargamento de madera para la

construcción, palizadas y pequeños árboles de criadero, di comienzo a una navegación que se convirtió en necesaria para la manutención de la colonia. Fue entonces cuando me encontré con los navíos del comodoro Byron quien, luego de haber llegado por primera vez con el propósito de explorar las islas Malvinas, atravesó el estrecho para ingresar al Mar del Sur. A mi partida de las Malvinas, el 27 de abril siguiente, la colonia se hallaba compuesta por 80 personas, incluyendo al Estado Mayor.

Mientras tanto durante ese mismo año las cortes de Francia y España acordaban el reconocimiento de los derechos de Su Majestad Católica sobre las islas Malvinas. En 1766 los británicos se instalan en un puerto escondido y a buen refugio sobre una pequeña isla llamada Saunders, una de las visitadas el año anterior por Lord Byron, abuelo del poeta, al oeste del archipiélago, en un sitio denominado como *Port de la Croisade* por los franceses, y *Port Egmont* por éstos. Continúa el relato Bougainville:

A comienzos de diciembre de aquel mismo año, vino a nuestro establecimiento el capitán MacBride, comandante de la fragata Le Jason. Exigió que estas tierras quedasen sometidas al rey de Gran Bretaña, amenazó con provocar la invasión

1. Diderot en 1772 escribe, a propósito de esta crónica, su pieza *El amor libre o suplemento al viaje de Bougainville*, publicado en Buenos Aires en 1901 por la imprenta “El infierno”. Transcribimos aquí una de las primeras referencias que se realizan acerca del explorador francés: “No entiendo a este hombre. El estudio de las matemáticas que supone una vida sedentaria ocupó el tiempo de su juventud, y he ahí que pasa súbitamente de una condición meditativa a la vida activa, penosa, errante y disipada del viajero”.

2. Bougainville, Louis-Antoine, *Viaje alrededor del mundo*, Estudio preliminar, traducción y notas de Andrés Freijomil, Buenos Aires, Eudeba, 2005. Todas las citas realizadas en el presente escrito del *Viaje...* corresponden a esta edición.

3. Horacio, *Odas* (I, 6, 9). Traducido al español por Paul Groussac como “aunque pequeños, emprendemos grandes cosas”.

VOYAGE
AUTOUR DU MONDE,
PAR LA FRÉGATE DU ROI
LA BOUDEUSE,
ET
LA FLÛTE L'ÉTOILE;
EN 1766, 1767, 1768 & 1769.



A PARIS,
LANT & NYON, Libraires, rue
l'imprimerie de LEBRETON, premier Impri

M. DCC. LX
AVEC APPROBATION ET PRI

si nos obstinábamos en rechazarlo, hizo una visita al comandante y se dio a la vela ese mismo día. Tal era el estado de las islas Malvinas cuando las devolvimos a los Españoles, cuyo primitivo derecho aún nos declaraba incontestablemente primeros ocupantes.

En febrero de 1767, como parte de la etapa inicial de su memorable circunnavegación, Bougainville zarpa hacia el archipiélago desde Montevideo junto “con dos fragatas españolas y una tartana cargada de ganado” con el objeto de hacer entrega efectiva de las Malvinas a las autoridades españolas:

El primero de abril entregué nuestro establecimiento a los Españoles que tomaron posesión enarbolando la bandera de España. El estandarte fue saludado tanto desde tierra como desde los navíos con veintitún cañonazos a la salida y a la puesta del sol.

Así, durante los siguientes tres años convivieron en el archipiélago austral los colonos ingleses sobre la costa sureste de la pequeña isla Saunders y los españoles al oriente sobre la isla Soledad, “permaneciendo quietos los unos por intrusos y los otros por más débiles”⁴.



4. Groussac, Paul, *Las Islas Malvinas*, copia facsimilar de la edición castellana de 1936, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1982.

Pensamientos acerca de las últimas negociaciones relativas a las Islas Malvinas

En junio de 1770 la guarnición inglesa de Port Egmont capitula ante la expedición armada que por instrucción del gobernador de Buenos Aires D. Francisco Bucarelli ha navegado hasta las lejanas islas del Sur con cinco fragatas para terminar con la usurpación británica sobre los dominios de Su Majestad Católica. Los británicos evacuaron su asentamiento, pero al llegar las noticias de los sucesos a la ciudad capital del imperio británico, ambas naciones comienzan a armarse para una inminente guerra. La corona española firma finalmente una declaración por la cual Su Majestad Católica acuerda en restituir a Su Majestad Británica “la posesión del fuerte y puerto llamado Egmont” aunque expresamente se aclara que esta devolución “no puede ni debe en manera alguna afectar la cuestión de derecho anterior de soberanía de las islas Malvinas, de otro modo llamadas Falklands”⁵. Esta declaración sin embargo no logra contener a la oposición parlamentaria inglesa que continúa propiciando la guerra.

5. Groussac, Paul. Op. Cit.

Durante los primeros meses de 1771 se imprimen dos ediciones de 1000 ejemplares cada una del ensayo de Samuel Johnson conocido como *Pensamientos acerca de las últimas negociaciones relativas a las islas Malvinas*⁶. En este breve y sucinto escrito el compilador del célebre *Dictionary of the English Language* sostiene dos tesis principales: en primer término, la inutilidad y perjuicio de una guerra entre España e Inglaterra por un

verno tenebroso y solitario, una isla apartada de todo provecho humano, tormentosa en invierno y estéril en verano; una isla a la que ni siquiera los salvajes del sur se han dignado habitar; donde una guarnición –cuyos gastos son perpetuos, y su utilidad esporádica– sobrevive en un estado tal que contempla con envidia los exilios de Siberia, y que, si la fortuna sonríe a nuestros esfuerzos, puede llegar a ser un nido de contrabandistas en tiempos de paz y, en la guerra, un refugio de bucaneros.

En segundo término expresa el Dr. Johnson que los argumentos a favor del derecho de posesión de las islas sostenidos por Inglaterra no son en absoluto indiscutibles, por lo que la estrategia del gobierno británico tendiente a la recuperación de Port Egmont –sin comprometer

6. Johnson, Samuel, *Pensamientos acerca de las últimas negociaciones relativas a las islas Malvinas*, traducción, prólogo y notas de Pablo Massa y Federico Lafuente, Buenos Aires, Proyecto Editorial, 2003. Todas las citas realizadas en el presente escrito a *Pensamientos...* corresponden a esta edición.

la discusión de fondo sobre el derecho anterior de soberanía sobre el archipiélago— resultaría la más conveniente para el imperio británico:

Si la soberanía implica derecho indiscutido, apenas hay príncipe que sea soberano de su propio dominio (...). Casi todo nuevo territorio conquistado se halla, en alguna medida, sujeto a controversia, y hasta que la misma no se resuelve —lo cual es un término muy difícil de establecer— lo único que existe es posesión real y dominio de hecho.

Sin embargo, no son solamente consideraciones diplomáticas o geopolíticas las que guían el pensamiento de Johnson sobre este asunto. El escritor consideraba la guerra en general como el mal supremo de la civilización:

Acordar el afán de disputa a su ver-

dadera importancia parece ser tarea demasiado ardua para la sabiduría humana. La vanidad del ingenio ha mantenido épocas enteras ocupadas en la discusión de cuestiones inútiles, y el orgullo de la fuerza ha destrozado ejércitos para ganar o mantener posesiones de nulo provecho.

E incluso, consideraba el problema desde el punto de vista de la política interior:

Pero, ¿quién ignora que la guerra exterior ha puesto fin, muchas veces, a las discordias civiles? Aparta ella la atención pública de los conflictos domésticos, y provee la oportunidad de enviar lejos a los revoltosos.

Nadie puede haber entre nosotros que no considere esta negociación felizmente llevada a término, salvo aquellos que, puesta su expectativa en la calamidad pública, se posaron cual buitres a la espera de una jornada de matanza.

También refiere Johnson su preocupación respecto del destino que le cabría en suerte al archipiélago:

La ventaja de ese asentamiento en tiempos de paz es, lo sospecho, nada fácil de probar. Pues, ¿qué otro uso podría tener que el de refugio de contrabandistas, criadero de fraudes y receptáculo del hurto?

Puede ser dañino para la humanidad el proteger a un pirata, pero ¿cuánto más grave es el crimen de abrir un puerto en el que todos los piratas estén a salvo?

Por último, el lexicógrafo, el denostador del tráfico de esclavos, pacifista y a la vez defensor del absolutismo monárquico, resume su pensamiento en este párrafo:

Hay razones para esperar que, a medida que el mundo progresa hacia las luces, la política y la moral se reconciliarán finalmente, y que las naciones aprenderán así a no hacer lo que les repugna.

*Copia de James 17 Oct. 1770
London*



EL AMOR LIBRE
ESTABLECIMIENTO AL VIAJE DE BOURBAINVILLE
19



Anfr
Linum

CETUS

Equator

Tropicus

Capricorn

La misma tierra, el mismo cielo

POR ROBERTO CASAZZA

La esfera celeste, a pesar de haber sido concebida en la Antigüedad, no alcanzó a ser vista en su totalidad sino a partir de los siglos XIII-XIV, y en especial desde los siglos XV y XVI, cuando la navegación a gran escala y la exploración europea del hemisferio sur terminó de conformar el mapa terrestre. Los cielos australes, mapeados sucesivamente por Bayer (1603), Bartsch (1624), Hevelius (1687) y Lacaille (1750), resultan así el espejo de aquello que el hombre europeo buscó en el sur: son cielos *técnicos*, en los que la densa trama patética de los cielos del norte es interrumpida por la yuxtaposición aséptica de aquellos instrumentos que conformaban entonces el arsenal práctico indispensable para el despliegue del *mundo de la utilidad*: Antlia (Máquina Neumática), Circinus (Compás), Horologium (Reloj), Sextans (Sextante), Octans (Octante), anticipan el triunfo totalizante de la técnica e indican a los ávidos navegantes las regiones donde se han de buscar las canteras que permitan el despliegue de un industrialismo sin confines.

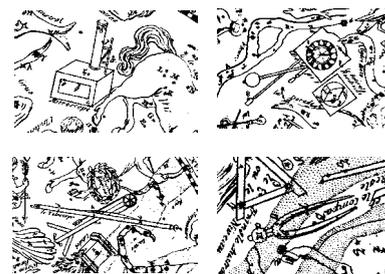
La trama constelatoria austral refleja así el propósito transtemporal (poseer, extraer, usar) asignado por el hombre europeo moderno a los vastos continentes abiertos a su experiencia. El recreo de

tamaño empresa fue, esperadamente, la celebración de lo raro. Animalillos de la más diversa índole también hallaron su espacio en las representaciones. Así, Grus (Grulla), Pavo (Pavo), Hydrus (Hydra macho), conviven en el cielo nocturno con Indus (Indio), otro extraño ser vivo hallado en estas tierras que fue transportado a Europa en innumerables ocasiones para curiosidad y diversión del conquistador y su estirpe. En suma, el orden celeste legitimó el orden terrestre. La parte, desgarrada del todo, llora desde entonces su nostalgia de unidad.

Basta alejarse un poco del asunto Malvinas, echando una breve mirada cósmica, para advertir como elemental, primario y elocuente el siguiente hecho: la unidad regional de la Patagonia continental e insular —manifestada en la continuidad de la flora, de la fauna y del cielo— se ha extendido desde la formación del continente americano, hace unos 60 millones de años, hasta hace poco menos de 500 años, cuando el más salvaje animal del planeta, el hombre, dio por inaugurada la discontinuidad regional en un ámbito llamado a ser uno por todas las manifestaciones prehumanas del ser y de la vida.



Imagen de la derecha:
Así se vió hacia las 19 hs. de Buenos Aires y Malvinas (ya que están casi sobre un mismo meridiano) y las 22 hs. de Londres el cielo nocturno la noche del 9 de julio de 1831. Ese día se cumplían 15 años de la Declaración de la Independencia de las Provincias Unidas en Sud América, y flameaba la bandera argentina en las islas Malvinas. Por esos mismos días, un oficial amigo del almirante Robert Fitz Roy, le escribía: “El gobernador, Luis Vernet, me recibió con cordialidad. Posee mucha información y habla varias lenguas. Su casa es amplia pero baja, de un solo bloque, hecha con paredes de piedra. En ella hallé una buena biblioteca, con libros en español, alemán e inglés. La conversación durante la cena fue muy animada, estaban allí el Sr. Vernet, su esposa, el Sr. Brisbane y otros. Luego de la cena hubo música y baile. En el salón había un pianoforte; la Sra. Vernet, una dama de Buenos Aires, cantó magníficamente para nosotros, y todo ello resultaba no poco extraño en las Islas Falkland, donde esperábamos encontrar tan sólo un puñado de cazadores de focas”.



Constelaciones australes creadas por el abate Lacaille (1763)



Fig 2



Fig 3



Fig 4



Fig 5

Buenos Aires

Islas Malvinas

Londres



Fig 6



Causa nacional

7-1516
Campo de los
Pozos de...
Hacia la...
la población

la
traves

G. N.º 64.º 13.

N.º 2/8

Coral

N.º 3

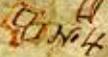
Casa principal



N.º 1

Puente

N.º 9



N.º 4



N.º 5

N.º 6



Puerto
de S...



N.º 7

N.º 10



N.º 11



N.º 8



El origen del conflicto

Hubo treinta y dos gobernadores españoles en las islas Malvinas de manera continua, hasta que en 1811 la guarnición de Puerto Soledad fue enviada a Montevideo para enfrentar los movimientos revolucionarios iniciados en mayo de 1810 en Buenos Aires. Para el derecho internacional, las Malvinas resultaban parte integrante de las comunidades que buscaban su emancipación de España, heredadas por sucesión de estados según el *uti possidetis juris*.

En 1820, un año difícil en la historia argentina, David Jewett, un marino estadounidense, tomó posesión de las Malvinas en nombre de las Provincias Unidas del Río de la Plata en un acto público en Puerto Soledad, al que asistieron loberos y balleneros de varias nacionalidades, entre ellos estadounidenses y británicos, que recalaban habitualmente en las islas. Gran Bretaña no expresó pretensión alguna a las islas en el Tratado de Amistad, Comercio y Navegación de 1825 en el que reconocía al Estado argentino.

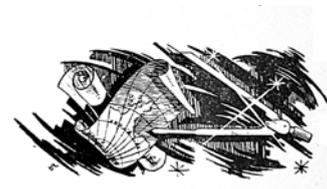
Mientras tanto, en Puerto Soledad continuó su desarrollo una comunidad cuyos habitantes criaban ganado, cazaban lo-

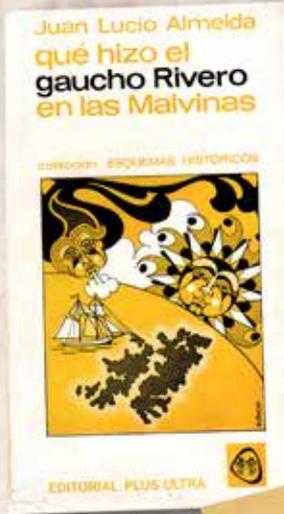
bos marinos y prestaban servicios a los buques que tocaban puerto. El 10 de junio de 1829 el gobernador de Buenos Aires promulgó un decreto creando la Comandancia Política y Militar de las Malvinas, y designó en ese cargo a Luis Vernet, un comerciante alemán de origen francés. Este impulsó el desarrollo de la vida en las islas, organizando la producción y restaurando algunas viviendas. Algunos autores hablan de una población de hasta 150 individuos por aquel entonces.

A fines de 1831 un buque de guerra de los Estados Unidos, la *Lexington*, arrasó Puerto Soledad en represalia por la captura de buques loberos de esa nacionalidad que actuaban clandestinamente. Además, envió a Montevideo a muchos de los pobladores.

El gobernador de Buenos Aires en ese entonces, Juan Manuel de Rosas, envió a un oficial, José María Pinedo, como gobernador interino. En el interregno se habían producido algunos hechos sangrientos entre la población. Sin embargo, el orden no había sido restablecido por completo cuando la *HMS Clío*, un buque

de guerra inglés, exigió la rendición y entrega de la plaza. Tras la expulsión de las autoridades rioplatenses, el comandante británico dejó a uno de los pobladores a cargo del pabellón y zarpó de regreso a su base. En agosto de 1833 se produjeron los incidentes protagonizados por el Gaucho Rivero y sus compañeros, en los que antiguos asistentes de Luis Vernet, dejados como autoridades por los británicos, fueron asesinados. Al día de hoy esos hechos generan controversia. Algunos ven en ellos un gesto de defensa de la soberanía argentina, y otros un hecho de sangre producido por las difíciles condiciones de vida en las islas tras los sucesos de 1831 y 1833. En 1834 el gobierno inglés asignó un oficial de la Armada para que permaneciera en las islas y recién en 1841 tomó la decisión de “colonizar” las Malvinas, nombrando un “gobernador”.





12. Cuando para un Capellan inm. entodo
13. Im. para otro inm. entodo, estos los edificios forman
no con la Iglesia
14. Fuertes de la Maestranza: es de Tepes, sus paredes
aximadas y necesita empajarse de nuevo.
15. Casa para la Maestranza, y Taylor para sus herramientas en un regular estado con varios Aparos que se
16. Almag. de Atollonia es de Tepes necesita krombar
se ha compuesto su Puente, y kromado el empajado
17. Fuerte de Brizadas: es de Tepes se ha hecho la krom
y necesito empajarse
18. La Herreria: es de Piedra y se halla en buen estado
kromado su empajado
19. Casa del Piloto se ha compuesto y queda en buen estado
20. Almag. de Madras y portachos es de Tepes y queda
Almag. de Miraflores es de Tepes y necesito algunos
de formal composicion.
21. Almag. General es de Piedra se ha compuesto su Escalera
de su empajado, esta en buen estado.
22. Almag. de Vitoria, y General es de Tepes se ha kromado
empajado, a puntalado uno de sus traveses quisiere kromado
gama del S. J. amonazar Viena necesito todo el de formal
composicion.
23. Guardia de la Punta: es de Tepes se ha kromado sus paredes
necesito empajarse.
24. Almag. de Polvora: es de Piedra: segun San. El Virrey de
haceros de Asotada, pero habiendo kromado qui antes
arex consenionta esta obra esta su pendiente hta nueva su
composicion.
25. Almag. de Turba, y Brultera, son de Piedra, formando un
26. Edificios se han kromado sus empajados y estan en
estado.

Las Islas Malvinas de José Hernández

POR EMILIANO RUIZ DÍAZ

Entre el 6 de agosto de 1869 y el 22 de abril de 1870, José Hernández dirige *El Río de la Plata*, publicación periodística nutrida de 207 números y que cuenta con la colaboración de figuras de la época como Vicente Quesada, Estanislao Zeballos y Mariano Pelliza entre otros. Se trata de un proyecto periodístico que, presidencia de Sarmiento mediante, busca colocarse en un sitial independiente sin dejar de reivindicar algunos puntos programáticos tales como la autonomía de las municipalidades, la posibilidad de elegir a los jueces de paz, la abolición de los contingentes de frontera. El autor de *Martín Fierro* es el encargado de escribir las columnas editoriales que según afirma Fermín Chávez versan sobre “el falso concepto de civilización esgrimida contra el criollo, el problema de la mala distribución de la tierra, las pésimas condiciones de los servicios de frontera, los inmigrantes y los hijos del país, los oprimidos, la oligarquía”.

A raíz de la publicación en *El Río de la Plata* de una carta enviada por el jefe de la marina nacional, comandante Augusto Laserre, acerca de las actividades inglesas en Malvinas, Hernández redacta el 19 y 26 de noviembre de 1869 respectivamente, dos editoriales que abordan la

problemática en torno a las islas. Bajo los títulos “Carta interesante. Relación de un viaje a las Islas Malvinas” e “Islas Malvinas. Cuestiones graves”, el director del periódico realiza allí una breve pero encendida defensa a favor de la soberanía argentina sobre unas islas “cuya situación geográfica les da una grandísima importancia” y sostiene que “los argentinos, especialmente, no han podido olvidar que se trata de una parte muy importante del territorio nacional, usurpada a merced de circunstancias desfavorables, en una época indecisa, en que la nacionalidad luchaba aún con los escollos opuestos a su definitiva organización”.

José Hernández apela en estos textos no sólo a la significación particular de las islas, sino a lo que representan en tanto alarmante símbolo de futuras intromisiones si no se reclama por ellas: “Los pueblos necesitan del territorio con que han nacido a la vida política, como se necesita del aire para la libre expansión de nuestros pulmones. Absorberle un pedazo de su territorio, es arrebatarle un derecho, y esa injusticia envuelve un doble atentado, porque no sólo es el despojo de una propiedad, sino que es también la amenaza de una nueva usurpación (...) pues si la conformidad o la indiferencia del pueblo

agraviado consolida la conquista de la fuerza, ¿quién le defenderá mañana contra una nueva tentativa de despojo, o de usurpación?”. Quizás con cierta candidez y desmesuradas expectativas plantea finalmente que en el mundo de aquel tiempo se viven tiempos de “grandes progresos morales y materiales. Ya no es el alarde de la fuerza el que apoya una gestión cualquiera en el mundo diplomático” y en base a esto se anima a preguntarse entre el deseo y la esperanza: “¿Cómo no esperar entonces que los Estados Unidos y la Inglaterra se apresuren a dar testimonio de su respeto al derecho de la Nación Argentina, reparando los perjuicios inferidos, devolviendo a su legítimo soberano el territorio usurpado?”.

Las islas Malvinas bajo el prisma de José Hernández constituyen un dato histórico pocas veces frecuentado y que permite iluminar una zona de su pensamiento. A su vez también arroja luz sobre el complejo encadenamiento de voces relevantes que se han pronunciado en torno a la cuestión, llegando, incluso a nuestros debates presentes.

Temas de Todos los Tiempos



JOSÉ HERNÁNDEZ

LAS ISLAS MALVINAS

Lo que acerca de este territorio argentino escribió
el autor del "Martín Fierro" en 1869, y los detalles
que de su viaje por las islas le comunicó

AUGUSTO LASSERRE



JOAQUIN GIL EDITOR BUENOSAIRES



Paul Groussac

No es exagerado pensar en Paul Groussac (1848-1929) como el intelectual creador de “Malvinas” como una causa nacional. Afirmar esto no es negar los reclamos por las islas que distintos gobiernos argentinos hicieron al Reino Unido durante la segunda mitad del siglo XIX, sino enfatizar el hecho del lugar que el francés asignó a la disputa por el archipiélago en su proyecto cultural para la Argentina, especialmente desde su lugar como director de la Biblioteca Nacional entre 1885 y 1929. En 1910, año del Centenario, la publicación de *Les Iles Malouines: nouvel exposé d'un vieux litige*, constituyó la piedra basal para la construcción de una argumentación histórica favorable al reclamo argentino. Groussac dedicó de este modo la obra: “A la República Argentina ofrece esta evidencia de su derecho un hijo adoptivo”. Desde un paradigma cientificista que evocaba el afán de Mitre por elaborar un relato nacional basado en documentos, el francés alumbró un texto destinado a probar, por esa vía, los derechos argentinos para sostener el reclamo sobre el territorio irredento.

En eso consiste la obra de Paul Groussac, que es además del texto escrito por el francés, una selección documental

que prueba los títulos españoles, y posteriormente argentinos, para reclamar la soberanía del archipiélago. La cita latina que abría la “nueva exposición de un viejo litigio” dejaba claro el sentido político que el autor le daba a su trabajo: *Adhuc sub iudice lis est* (La causa aún está en poder del juez). Se trataba, entonces, de que los argentinos de esa república de inicios del siglo XX conocieran las raíces históricas de sus derechos para resolver un conflicto abierto.

La influencia de ese texto se prolongó hasta nuestros días. En 1934 el senador socialista Alfredo Palacios impulsó la sanción de una ley por la cual el Estado argentino debía traducir la obra de Groussac al español, garantizar su publicación y difusión a través de la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares y la producción de una versión resumida destinada a las escuelas. *Les Iles Malouines* pasaron a ser *Las Islas Malvinas*, y se consolidaron como una causa nacional.

320





I. de Chiloe
Castro
Guapo

Puelches
Poyas

Buenos Aires

las Pampas

OUÉ

RIO DE LA PLATA

Cap St. Antoine

C. de las Arenas gordas

TERRE MAGELLANIQUE

Baie sans fens

B. de los Camarones

C. Blanc

Port Desiré

Baie de S. Julien

MER

Campana
I. de Sharp

Madre de Dios

de la Victoire

PATAGONS

I. de S. Pierre

C. des Nerges

I. Malouines
decouvert 1700.

I. d'Anian

I. Beauchêne

Détr. de le Maire de

I. des Etats

I. de S. J.

TERRE DE FEU

I. l'Hermitte
Cap Horn

MAGELLAN
dans 1520.

Los hermanos Irazusta y Scalabrini Ortiz en torno a Malvinas

Las primeras décadas del siglo XX trajeron el agotamiento del modelo agroexportador, y llevaron a algunos sectores a cuestionar las relaciones económicas, políticas y culturales establecidas por la élite dirigente con el Imperio británico. La denuncia de la dependencia, sobre todo con posterioridad a la crisis de 1929 y el golpe militar de 1930, alcanzó una gran fuerza e importantes consensos. En ese contexto, el archipiélago usurpado se convirtió en una piedra basal de dichas críticas. Los hermanos Irazusta fueron dos de los intelectuales que integraron el revisionismo histórico, corriente que con la misma certeza acerca del agotamiento de un modelo político impulsaron una re-escritura de la Historia en función de esa constatación. *La Argentina y el imperialismo británico*, publicado en 1934, es una de las obras claves para comprender esa corriente de pensamiento. Paralelamente, en otro registro, Raúl Scalabrini Ortiz, uno de los fundadores de FORJA enfocaba el análisis de la dependencia en obras *Política británica en el Río de la Plata* o *Historia de los ferrocarriles argentinos*.

Vale señalar que los fragmentos seleccionados representan las dos tendencias centrales del revisionismo: una conservadora, expresada entre otros por los Irazusta. La otra, nacional y popular, en-

cuentra en Raúl Scalabrini, Ortiz uno de los primeros ensayistas en analizar la incidencia británica en la política argentina. En ambas vertientes del revisionismo, la cuestión Malvinas es central.

“De la consideración que le merecía (a Inglaterra) el Estado cuya independencia acababa de reconocer...nos dio la primera advertencia arrebatándonos las Malvinas en 1833. La conquista de bases navales en los puntos estratégicos de las rutas oceánicas era para ella más importante que el respeto de la fe eterna jurada en los tratados.”

Rodolfo y Julio Irazusta, *La Argentina y el imperialismo británico. Los eslabones de una cadena. 1806-1933*. Buenos Aires, Tor, s/d, p. 40.

“La primera gobernación de Rosas, con las facultades extraordinarias, explica el compás de espera en la maniobra británica, como las circunstancias en que aquél abandonó el poder en 1832 explican el sincronismo (veinte días de diferencia) entre la transmisión del mando en Buenos Aires y la toma del Puerto Soledad por el comandante Onslow. Durante la espera la preparación había continuado, pues mientras la flota de guerra se hacía la mano en desembarcos bélicos en los

puntos vulnerables de la costa americana, las expediciones científicas como la de Fitzroy (sic) y Darwin, además de explorar el terreno, probaban los reflejos patrióticos del gobierno argentino, izando banderas británicas en islas de nuestra dependencia, pretendiendo desembarcar en violación de la cuarentena. El cañón del puerto indicó, el 2 de agosto de 1832, que todavía no había llegado la hora esperada. El 8 de diciembre se elegía a Balcarce como sucesor de Rosas, después de alternativas que mostraron la división del partido federal dominante en dos fracciones, la del mandatario saliente, partidaria del gobierno fuerte, y la del mandatario entrante, partidario de las formas regulares, circunstancia que el sucesor de Mr. Woobine (sic) Parish no podía ignorar. Y el 1º de enero de 1833 Inglaterra se apoderaba de las Malvinas. Si había asegurado la independencia argentina, era sin duda respecto de los otros Estados, no de ella misma.”

Ibidem, p. 41.

“El aislamiento de 1821, la cesión del Alto Perú en 1825, la sustitución de la guerra extranjera por la guerra civil en 1826, la pérdida de la Banda Oriental, habían sido el precio de la gran obra edilicia, institu-

cional, cultural, de los hombres de 1823. Los capitales que venían a la zaga de los barcos de guerra europeos hacia nuestras playas no podían menos de seguir persuadiendo, a esos hombres que ellos tenían razón y que nuestro país se había equivocado al expulsarlos de su seno. Las Malvinas, perdidas en 1833, estaban tan lejos.”

Ibidem, p. 126.

“Crear bases marítimas, instigar a unos estados contra otros, mantenerlos en mutuos recelos, impedir la unión de las dos fracciones continentales, la América del Norte y la América del Sur, tal es justamente la obra perniciosa desarrollada en silencio por Inglaterra.

Su resultado más visible es el collar de bases marítimas que rodea a América. Las Malvinas, que es actualmente una estación naval de primer orden, construida especialmente para la defensa de los intereses británicos en Sud América, según los términos textuales de la Conferencia Naval de Singapur, realizada en 1932. Las Malvinas en el Sud. Las islas de Trinidad, San Vicente, Barbadas (sic), Jamaica, Bahamas y Bermudas en el Centro y en Norte de la América, además de las posesiones continentales de Guayanas y de la Honduras (sic) Británica. ¡Con cuánta razón escribía Canning a Granville, poco después del reconocimiento de los nuevos estados americanos, en 1825: ‘Los hechos están ejecutados, la cuña

está impelida. Hispano América es libre y si nosotros sentamos rectamente nuestros negocios *ella será inglesa...*

Si no tenemos presente la compulsión constante y astuta con que la diplomacia inglesa lleva a estos pueblos a los destinos prefijados en sus planes y los mantiene en ellos, las historias americanas y sus fenómenos sociales son narraciones absurdas en que los acontecimientos más graves explotan sin antecedentes y concluyen sin consecuencia. En ellas actúan arcángeles o demonios, pero no hombres.”

Raúl Scalabrini Ortiz, *Política Británica en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Plus Ultra, 4ª edición, s/f, pp. 59-60.

“En la relación de Inglaterra y de la Argentina, los únicos sufridores de la crisis somos nosotros, exclusivamente. Pasará la crisis, si pasa, e Inglaterra se habrá vuelto más rica a nuestra costa. Nosotros estaremos más pobres que antes. El patrimonio inglés radicado en la Argentina habrá aumentado. El patrimonio argentino habrá disminuido. La pampa argentina seguirá despoblándose, si así conviene a Inglaterra. La inteligencia, la voluntad, la imaginación argentinas seguirán siendo facultades perjudiciales para el dominio inglés, que Inglaterra continuará hostigando en esta tierra, mediante sus agentes gubernativos.”

Ibidem, p. 222.



1966

Banderas argentinas en Malvinas

POR DANIEL CAMPIONE

El Operativo Cóndor es un hecho no muy recordado. Ha quedado un tanto trasapelado en la vorágine de acontecimientos de la segunda mitad de los años 60. Por entonces, las acciones armadas se convertían gradualmente en moneda corriente, y el Operativo lo fue, aunque no llegó a utilizar las armas.

El 28 de septiembre de 1966 aterrizaron en Malvinas 18 jóvenes argentinos, en su mayoría identificados con el proscrito peronismo. Su objetivo era producir una fuerte afirmación de la soberanía argentina sobre las islas. La expedición fue hecha coincidir con la visita al país de Felipe de Edimburgo, príncipe consorte de Gran Bretaña, que participaba en la organización de un certamen hípico. Ese día se cumplían tres meses del golpe de estado que dio lugar a la autodenominada “Revolución Argentina”. Unos meses antes, con Arturo Illia todavía en la presidencia, la Asamblea General de las Naciones Unidas había sancionado la Resolución 2065, que invitaba a las partes a tratar la disputa sobre soberanía de las islas. Con anterioridad, en 1964, un piloto llamado Miguel Fitzgerald fue el primero en abordar Malvinas, por unos pocos minu-

tos, llevando una bandera nacional y una proclama.

Los participantes del operativo arribaron a Puerto Stanley en un avión de Aerolíneas Argentinas cuya ruta iba de Buenos Aires a Río Gallegos, tras secuestrarlo y obligar al comandante de la nave a poner rumbo a las islas. El jefe de la expedición era Dardo Cabo, el subjefe, Alejandro Giovenco, y la tercera al mando María Cristina Verrier, única mujer que tomó parte de la expedición. Cabo tenía 25 años, era hijo de un dirigente metalúrgico, y había militado en agrupaciones peronistas y nacionalistas de la época.

Colocaron siete banderas argentinas en suelo malvinero, y fueron cercados rápidamente por un centenar de hombres armados, entre infantes británicos, miembros de una fuerza de defensa de las islas y civiles. Los intimaron a rendirse, bajo amenaza de abrir fuego, encontrándose con una cerrada negativa. El propósito inicial de los “cóndores”, como se autodenominaban, era ocupar la casa del gobernador de las islas y el arsenal que allí se encontraba, pero quedaron prácticamente encerrados en el avión. Allí celebraron una misa oficiada por el sacerdote

católico de Malvinas y cantaron el Himno Nacional.

El grupo mantenía cierta esperanza en que el gobierno argentino respaldara el operativo e interviniera de inmediato para reconquistar las islas. Por el contrario, la dictadura no dudó en emitir una posición condenatoria sobre lo que calificó como un procedimiento “faccioso”, ajeno a las tradiciones nacionales en materia de relaciones exteriores. A partir de allí trataría toda la operación como un hecho delictivo.

La acción fue ampliamente cubierta por los medios de comunicación argentinos, mientras se producían manifestaciones de solidaridad en varios puntos del país. Hubo quien habló de “una opinión pública hechizada por la aventura”.

La situación se prolongó durante treinta y seis horas, al cabo de las cuáles los “cóndores” encontraron el modo de deponer su actitud sin rendirse a los británicos. Le dieron las armas al comandante del avión, y se acogieron a la protección de la capilla católica de Puerto Stanley, para luego entregarse detenidos a las autoridades argentinas, que los recogieron el 1º



de octubre, en un barco de la marina al que los trasladó una lancha carbonera.

No estaba previsto aún el secuestro de aviones como delito, a cambio recibieron variadas acusaciones, entre las que destacaban la de privación ilegítima de la libertad y tenencia de armas de guerra. La mayoría de ellos pasaron nueve meses en la cárcel; a Cabo y Giovenco, que tenían antecedentes relacionados con actos de la resistencia peronista, los condenaron a tres años de prisión.

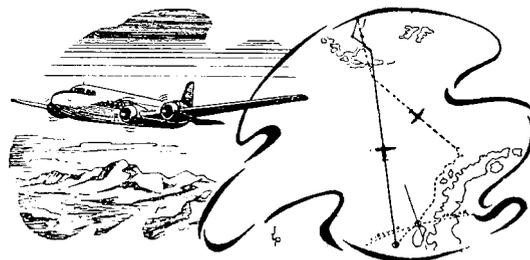
Los dos jefes del operativo encontraron la muerte en los años 70, enrolados en sectores antagónicos, en un reflejo de los desgarramientos de la época.

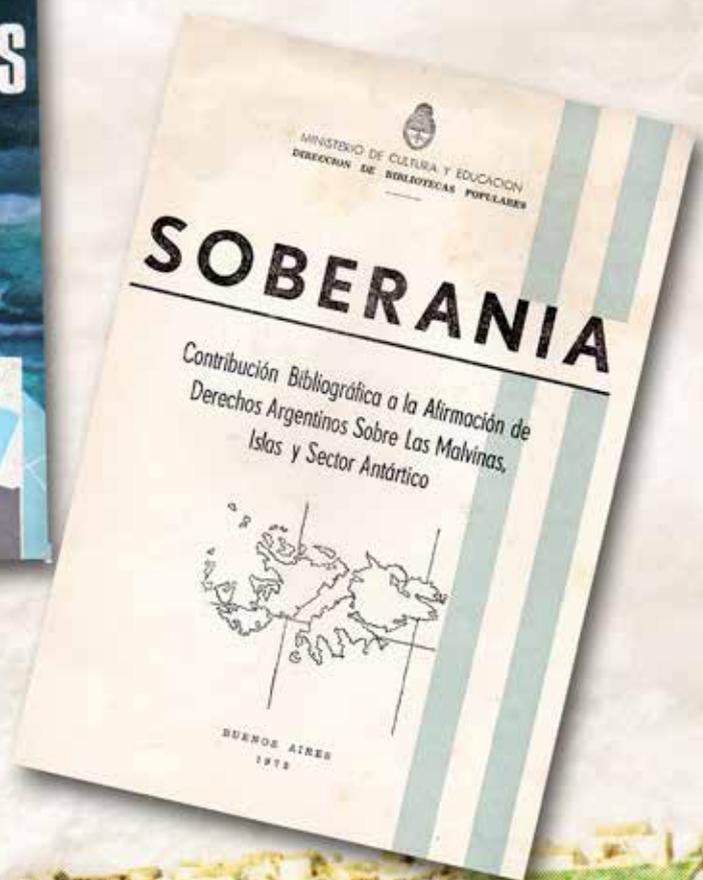
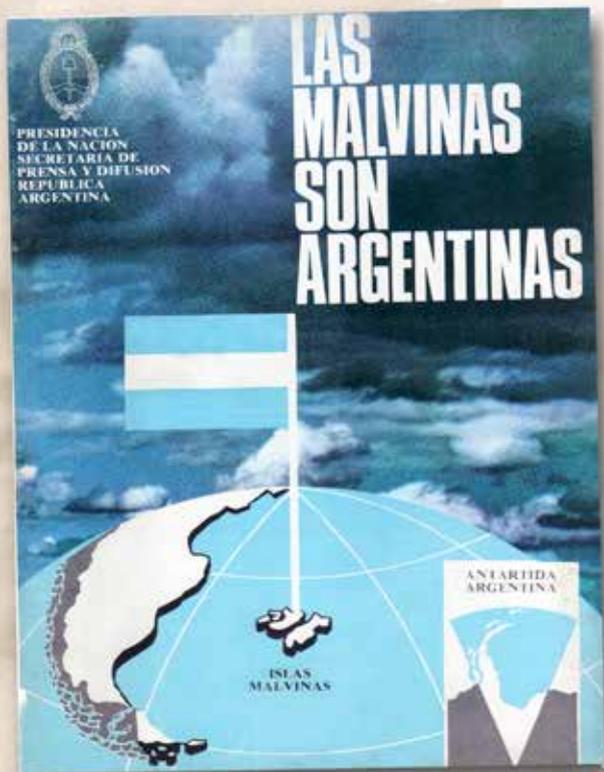
Giovenco muere en 1974, a causa de la explosión de una bomba que llevaba en su maletín. Formaba parte de la ultraderecha a través de Concentración Nacional Universitaria (CNU), y tenía vínculos con la Unión Obrera Metalúrgica.

Cabo, que había dirigido *El Descamisado*, órgano de la tendencia revolucionaria del peronismo, y estaba preso desde 1975, fue asesinado durante un supuesto traslado del penal de La Plata a Sierra Chica, en enero de 1977.

Ciertas miradas podrían visualizar aquella incursión en Malvinas como un precedente de la ocupación militar de 1982. Nada más erróneo que emparentar un empen-

dimiento de fondo desinteresado e idealista con la prepotencia de una dictadura tratando de escapar de la bancarrota política y económica. El Operativo Cóndor fue llevado adelante por un grupo de jóvenes militantes, imbuidos de una cultura de resistencia a la autoridad, enfrentada a los organismos represivos. Estaban armados y hasta dispuestos a morir en su intento, pero no dispararon un solo tiro a lo largo de su permanencia en las islas, limitándose a la reivindicación simbólica de la soberanía argentina. Inspirada en una ideología antiimperialista en trance de radicalización, la acción se enraizaba en la resistencia peronista y se entronca con las luchas populares de los últimos 60 y primeros 70.





Angames

Angames



The image shows a piece of aged, textured paper with significant staining and discoloration. The colors range from light beige to dark brown and black. A prominent, irregular red stain is visible in the center-left area. The year '1982' is printed in white, serif font in the upper right quadrant. The paper appears to be part of a book or document, with some faint markings and a vertical line on the left edge.

1982

La guerra

Entre el 2 de abril y el 14 de junio de 1982, la sociedad argentina estuvo conmovida por la guerra por las islas Malvinas, producida por decisión de la Junta Militar, ilegítimamente en el poder desde marzo de 1976. Se trata de un hecho profundamente controversial y movilizador. No debería ser de otro modo: una dictadura antipopular y sanguinaria se puso al frente de un “reclamo nacional”. ¿Significaba eso que quienes se movilizaron para expresar su apoyo al desembarco apoyaron a los dictadores? Una de las lecturas simplificadoras construidas luego de la derrota instaló esa idea, así como el hecho de que el importante consenso que el desembarco tuvo son la evidencia de una sociedad autoritaria y fácilmente manipulable.

Numerosos matices deben construirse en torno a esa idea. Casi el 80% de los combatientes fueron soldados conscriptos. Muchos de ellos nativos de pequeños y distantes lugares de la República. Marcharon a las islas con lo que habían aprendido en la escuela y con la experiencia del servicio militar obligatorio. Fueron hijos de su época tanto como sus familias y círculos afectivos, que vivieron una silenciosa guerra de angustias y esperas, que esa misma visión que construyó una sociedad vociferante y acrítica ocultó. Los

sobrevivientes de Malvinas no son sólo los combatientes, sino sus familias.

La escala federal y regional del conflicto tampoco debe ser descuidada. El tono monocorde de los comunicados del Estado Mayor Conjunto se rompe si pensamos que una fue la guerra vivida en la Patagonia continental, parte del teatro de operaciones; otra, la narrada y experimentada en Buenos Aires, esa cabeza de Goliat. No eran iguales las noticias escuchadas en la capital que en Paso de Los Libres, donde se captaban radios brasileñas, o en los cerros malvinenses, donde a pesar de las prohibiciones algunos soldados podían escuchar radio Colonia, de Uruguay.

Las movilizaciones a la Plaza de Mayo, los millares de esfuerzos colectivos por enviar abrigo y comida a los soldados o escribirles cartas en las escuelas, tampoco son un rostro monolítico. “Malvinas sí, dictadura no”; “Las Malvinas son de los trabajadores y no de los torturadores” son consignas que pudieron leerse y escucharse en aquellos días.

Requirió mucho coraje, también, expresar disidencias. Pesaban cantidad de elementos para sostenerlas públicamente, o por lo menos, hacerlas circular. La recuperación transitoria dividió aguas entre los adversarios políticos de la dictadura, que vieron de repente un emblema del antiim-

perialismo materializado por el mismo poder que los venía asesinando, apresando y exiliando desde hacía seis años.

Mientras estas sensibilidades y convicciones eran vividas en el Continente, en las islas, en los barcos y en los aviones millares de argentinos actuaron con sus vidas la única guerra librada por la Argentina en el siglo XX. Tampoco fueron homogéneas las experiencias; pero sabemos hoy que la nota general fue la de la improvisación y la desaprensión. Hacía demasiado tiempo que las Fuerzas Armadas se preparaban para la represión interna. Salvo excepciones, planteadas en el Informe Rattenbach, hicieron en Malvinas lo mismo que habían hecho en el Continente, incluso menos. Para muchos, a los británicos y el clima hostil se agregaron sus propios superiores como enemigos.

Cuando los soldados regresaron, encontraron una voluntad popular de reencuentro y homenaje, vetada por las políticas tanto militares como de los primeros gobiernos democráticos de cierra y olvido: comenzaba la “desmalvinización”. Para los más, el ocultamiento de su experiencia, la falta de reparación moral y material; para otros, aquellos vinculados al terrorismo de Estado, una posibilidad de continuar impunes.



Malvinas fue una causa justa en manos bastardas

POR MARTÍN BALZA

A 30 años del inicio de la guerra, conviene recordar el valor de los que pelearon con dignidad, y la cobardía y la impericia de quienes condujeron políticamente las acciones.

Una pequeña gran guerra y el primer conflicto de la era misilística. Así calificaron algunos autores a la guerra de Malvinas, aun ello, es importante destacar que, pese a los adelantos tecnológicos, en el combate se puso de manifiesto el rol decisivo de la infantería, como en todos los tiempos y todas las guerras.

La guerra tuvo casi la misma duración que la del Golfo, en 1991, en la cual la campaña aérea estadounidense duró 38 días y la terrestre sólo 4 días (en total 42 días), con un saldo de 144 estadounidenses muertos en combate. En Malvinas, la campaña aérea y naval británica duró alrededor de 20 días y la terrestre 24 días (en total 44 días), con un saldo aproximado de 300 británicos muertos en combate.

El adversario empleó simultáneamente una estrategia de desgaste y otra de estrangulamiento. La primera, a partir del 7 de abril, consistió en la amenaza marítima, sanciones económicas junto con sus aliados de la OTAN, gestiones diplomáticas y un efectivo empleo de la acción psicológica. La segunda buscó la batalla decisiva mediante un cerco marítimo, aéreo y terrestre a partir del 1° de mayo.

La batalla del cerco que condujo al ani-

quilamiento perfecto se vio facilitada por la ejecución de una defensa lineal carente de profundidad, movilidad y reservas. Ésta fracasó históricamente, aun en los casos de fortificaciones sólidas y consideradas infranqueables, como la famosa línea Maginot en la Segunda Guerra Mundial.

El Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas (EMCFFAA) evidenció, tanto antes de las operaciones como durante ellas, ser un organismo inoperante y burocrático. Desconoció la importancia que tiene en la guerra moderna un sensible recurso de la conducción como es la acción psicológica, que incide no sólo sobre las tropas que combaten, sino también sobre otros países y el propio enemigo, que, por el contrario, hizo un por demás efectivo empleo del citado recurso.

Los miembros de la Junta Militar (general Leopoldo Galtieri, almirante Jorge Anaya y el brigadier Basilio Lami Dozo) y otros altos mandos que visitaron las islas, y se fotografiaron en ellas antes de que se iniciara la guerra, se borraron cuando comenzó el ruido de combate y silbó la metralla.

No asumieron su responsabilidad ante la derrota, iniciaron un proceso de "desmalvinización" y no rescataron los valores de la gesta, en el campo táctico (en

la zona de combate en las islas). Allí es donde mueren las palabras y sólo valen las acciones. Buscaron chivos expiatorios entre los jefes que combatieron; muchos generales olvidaron que no podían justificarse y eludir sus responsabilidades por la batalla perdida e invocar estériles argumentos, como decir que, contrariamente a su voluntad, tuvieron que cumplir órdenes de Galtieri. En ese caso, les quedaba el camino de la "desobediencia debida", que no se produjo.

Sobre la Junta Militar, la "Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades Políticas y Estratégico-Militares en el Conflicto del Atlántico Sur", conocida como Comisión Rattenbach, en su informe, entre otras consideraciones, puntualizó:

"No realizó una apreciación completa y acertada de la reacción británica, de los Estados Unidos, del Consejo de Seguridad de la ONU, de la Comunidad Económica Europea y de la OEA. Máxime teniendo en cuenta que el gobierno estaba seriamente desprestigiado en la comunidad internacional, que los Estados Unidos nos habían embargado e impedido importar armamento, que no teníamos buena relación con los países No Alineados y que el conflicto con Chile estaba vigente."



“Como máximo órgano del Estado, condujo a la Nación a una guerra con Gran Bretaña, sin estar debidamente preparada para un enfrentamiento de semejante magnitud, pues se trataba de una potencia del primer mundo que recibiría apoyo de los más importantes países. No logró el objetivo y llevó a nuestro país a una crítica situación política, social y económica.”

“Confundió –con premeditada intencionalidad– un objetivo circunstancial, subalterno y bastardo, como la necesidad de revitalizar la alicaída dictadura militar, con una gesta aglutinadora y legítima de reivindicación de algo incuestionablemente argentino.”

Finalmente, ninguna ceguera intelectual ni fabulación histórica pueden negar la profesionalidad, aptitud y entrega de las Fuerzas Armadas y de Seguridad en las islas, a pesar de la ineptitud de una conducción superior que evidenció capacidad sólo para disponer, ignorar y malgastar valiosos recursos humanos. Así lo destacó también el citado Informe Rattenbach, que evaluó también el comportamiento de las tropas en combate:

“Es importante señalar que hubo Comandos Operacionales y Unidades que fueron conducidas con eficiencia, valor y decisión. En esos casos, ya en la espera, en el combate o en sus pausas, el rendimiento fue siempre elevado. Tal el caso, por ejemplo, de la Fuerza Aérea Sur, la Aviación Naval, los medios aéreos de las tres Fuerzas destacados en las islas, el Comando Aéreo de Transporte; la Artillería de Ejército y de la Infantería de Marina;

la Artillería de Defensa Aérea de las tres Fuerzas Armadas, correcta y eficazmente integradas, al igual que el Batallón de Infantería de Marina 5, las Compañías de Comandos 601 y 602 y el Regimiento de Infantería 25. Como ha ocurrido siempre en las circunstancias críticas, el comportamiento de las tropas en combate fue función directa de la calidad de sus mandos”.

Por su parte, la doctora Nora Kinzer Stewart –en un trabajo sobre el conflicto que realizó para el ejército de los Estados Unidos– sobre el combate terrestre consignó: “Las unidades argentinas que evidenciaron un alto grado de cohesión y se destacaron por su excelente desempeño en combate fueron: el Batallón de Infantería Marina 5, el Regimiento de Infantería 25, las Compañías de Comandos 601 y 602, el Regimiento de Infantería 7, así como el Grupo de Artillería 3”.¹

Ante la falta de reconocimiento a los combatientes por los generales de la dictadura –responsables de la insensata guerra–destaco, por el contrario, uno de los tantos comentarios británicos: “No cabe duda de que los hombres que se nos opusieron eran soldados tenaces y competentes, y muchos han muerto en su puesto. Hemos perdido muchísimos hombres” (general Anthony Wilson, comandante de la Brigada 5 de Infantería).²

La guerra me dejó muchas enseñanzas,

no podría dejar de enfatizar que en todo momento la mejor voz de mando es el ejemplo personal; las palabras pueden convencer, pero los ejemplos arrastran. Quien demuestra serenidad y sangre fría frente al peligro o al adversario, y lo afronta con decisión, arrastra consigo a sus hombres.

Las Malvinas son incuestionablemente argentinas desde el punto de vista histórico, geográfico y jurídico, usurpadas en 1833 y desde entonces ilegítimamente ocupadas por el Reino Unido. La forma de recuperarlas no es la guerra, sino hacer valer en los principales foros internacionales nuestros indiscutibles derechos ante un anacrónico colonialismo británico. Como viejo soldado estoy convencido de que la guerra no es una obra de Dios y que constituye uno de los actos más trágicos en la vida de una sociedad y, por desgracia, también una de las más frecuentes maneras en que se han resuelto las disputas en la historia de la humanidad. Es una tragedia que pone al descubierto grandezas y miserias de cada uno de nosotros: la valentía y el miedo; la solidaridad y el egoísmo; el heroísmo y la cobardía. Los militares cumplimos mejor nuestra misión cuando ganamos la paz que cuando hacemos y ganamos la guerra. Es la paz la que debe ser depositada en el corazón de los seres humanos.

1. “South Atlantic Conflict of 1982” (Ari Research Report 1469 - Abril 1988), pág. 82.

2. *The Sunday Times Insight Team (Una cara de la moneda)*. Buenos Aires, Editorial Hyspamérica, 1983, pág. 382.

MALVINAS

Gesta
e incompetencia



General Martín Balza

ATLANTIDA

Narrar la guerra, pelear la lengua

POR MARÍA PIA LÓPEZ

Mucho se escribió sobre Malvinas. Extrañamente, persiste la sensación de un manto de silencio sobre las islas. Uno de esos escritos es *Los pichiciegos*. Su autor quería considerar que no era una novela sobre la guerra del Atlántico Sur, aunque el relato transcurre en las islas y el tiempo de la escritura coincidió con la cronología bélica. Y no deja de ser una reflexión, aunque la exceda y la ahonde, sobre lo ocurrido en Malvinas. Lo diría de otro modo, si la novela opera por desborde respecto de un relato del acontecimiento histórico, lo hace por el modo en que Fogwill encara el trato de ese suceso. Para pensar esto, hay que situar el libro en la trama de otros escritos sobre Malvinas: “La ilusión de unas islas” de Néstor Perlongher, el libro de León Rozitchner escrito a propósito del debate con el Grupo de Discusión Socialista en México, *Las Malvinas: de la “guerra sucia” a la “guerra limpia”*, y el cuento “La causa justa” de Osvaldo Lamborghini. Se trata de escritos de urgencia, que confrontan con una ilusión colectiva. Con una ficción que no es una fábula que abre mundos sino un cuento en el que habla el terror represivo, con el tono de la

promesa y el arrullo: “Vamos a ganar y allí estará tu alegría y tu compensación”. Fogwill lo hace advirtiendo que la guerra transcurrida en la superficie y en la blancura de la nieve tiene la precedencia de un tipo de experimentación sobre los sujetos, sobre los cuerpos y sobre la vida social, que fue la experiencia de los campos de concentración. En esa continuidad resulta posible la extrema pregunta de cómo se produce la humanidad y, por su revés, lo no-humano. Es la interrogación de Primo Levi —“¿esto es un hombre?”— la que resuena en la idea de que ser pichi no es ser *gente verdadera*. Levi se pregunta sobre lo humano cuando se suspenden las lógicas habituales de la vida social, en situaciones extremas como la guerra o el campo de concentración. En el abismo que se abre en la zona de los semivivos, ¿qué es un hombre?, ¿cuándo se deja de serlo? En *Los pichiciegos* la pregunta sobre qué es un *pichi* es un escalpelo que no deja de hundirse en la conciencia del narrador y en la sensibilidad del lector. No es vivo ni muerto, tampoco hombre, sino ser sumido en la más impiadosa lucha por la supervivencia.

Los pichis son desertores que aparecen, supuestos muertos pero vivos en su escondite. Invierten la figura de los desaparecidos: ya muertos mientras se los espera vivos. Desertaron de un desierto —como Perlongher pensó las islas— y la fuga es la vía para la constitución de un tipo de sociabilidad que no pertenece a ninguna patria. Reinventan allí un sistema de jerarquías, una lógica de intercambios, vínculos de utilidad mutua, pautas para la acción, reglas de admisión y de exclusión, formas de circulación de la información. Lo central, como ha señalado Beatriz Sarlo, es el despliegue de un conjunto de estrategias para la supervivencia, que se estructuran extremando la racionalidad instrumental en una comunidad que está regida por la escasez y la amenaza. La primacía de la lógica de la supervivencia exige reformular o poner en suspenso también la idea de nación. Si se quiere sobrevivir hay que olvidar el origen nacional que lleva a esos hombres al frío. La novela sitúa la narración en plano de la lógica del intercambio de cosas y palabras, porque —como escribió Horacio González— el centro de la construcción

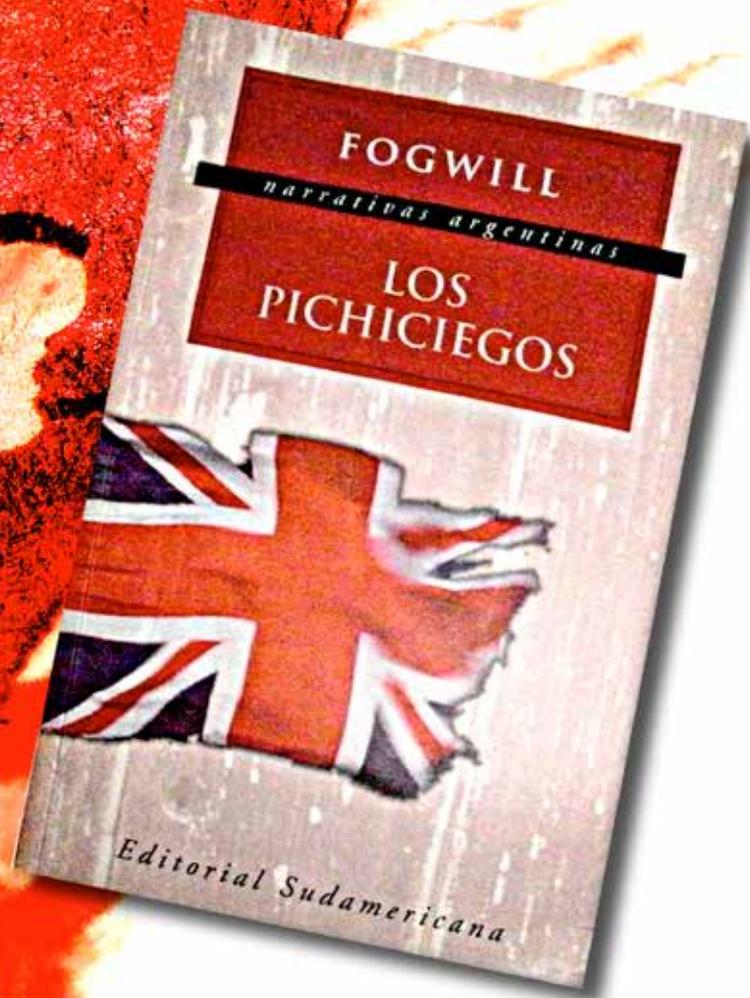


de la comunidad pichi es la cuestión de la lengua. Tanto que comienza diciendo: “Que no era así, le pareció. No amarilla, como crema; más pegajosa que la crema”. La nieve está asociada a lo blanco, a lo limpio, a lo puro, a lo frío. En esa primera parte de la novela es barro pegajoso, maloliente, sucio. Una primera advertencia: “. . . se hacía marrón, se volvía barro. Y a eso llamaban nieve. . .”. Inadecuación del nombre, las significaciones que arrastra y la cosa. La palabra nieve, portadora de una blancura fría y limpia, se distancia tanto del barro pegajoso como la idea de patria, portadora de una idea de comunidad y un reclamo de soberanía, se distancia de la realidad de una guerra que era más bien un lodo sangriento y un oscuro teatro del terror.

La cuestión del lenguaje tiene otro plano: el de su condición de expresar diferencias sociales y jerarquías. Los tonos son, lo sabe el sociólogo Fogwill, expresión de la materialidad más profunda de la pertenencia de clase: “Como oficiales, ese modo de hablar. Los tipos llegan a oficiales y cambian la manera. Son algunas palabras que cambian: quieren decir lo mismo —significan lo mismo— pero parecen más, como si el que las dice pensara más o fuese más”. Pero hay quien asume un tono que no le corresponde: como el “estudiante boludo” que no decía *volver* sino *regresar*. Imitaba el habla de los oficiales y al hacerlo desobedecía la lógica de mandos. La disidencia en el plano de la lengua es una intervención en

el mundo de las jerarquías y una disputa por el poder. Por eso, lo que constituye la vida en el refugio de los desertores es un nuevo modo de nombrar. Hay cosas que se nombran y otras cuyo nombre se elude: llamaban *helados* a los muertos para ausentar de la lengua la mayor amenaza. *Helados* los muertos, *fríos* los heridos o fracturados. En la lengua se inscriben las diferencias sociales, pero a la vez es superficie de una experiencia inédita, la de una neo-lengua desplegada por esa comunidad soterrada y clandestina.

Este movimiento se articula con la gran invención de la novela: el narrador es un pichi sobreviviente que deviene escritor, que domina las reglas del arte, opina sobre el significado de la escritura y sobre las implicancias de ser escritor. El narrador-sobreviviente, a medida que hila el relato produce la decodificación del significado de la escritura, preguntándose sobre el interés del lector y por las condiciones bajo las cuales el relato puede convertirse en novela. Narrar, finalmente, es sopesar y explorar los matices internos de la lengua. Muchos son los planos de *Los pichiciegos* en los que se bifurca una narración que sólo en el más visible de ellos trata sobre hechos acontecidos en abril de 1982. Pero si ese hojaldre múltiple funciona es porque la guerra fue pensada con exhaustivo y lúcido horror.



FOGWILL

narrativas argentinas

LOS
PICHICIEGOS



Editorial Sudamericana

La perspectiva de los comandantes y la de los soldados, se sabe, es distinta. Incluimos aquí uno de los poemas escritos por Gustavo Caso Rosendi, soldado conscripto del Regimiento de Infantería 7 en las Malvinas. Publicado en 2007 por el Ministerio de Educación de la Nación, *Soldados*, su libro de poesías, es uno de las obras artísticas más conmovedoras y perturbadoras en relación con la guerra de 1982 y sus memorias. En la arbitrariedad del recorte, nos detenemos en dos cuestiones necesarias para pensar la guerra de Malvinas: las formas profundas en las que la muerte en batalla impacta en una sociedad, y la necesaria reflexión sobre las responsabilidades sociales tras la derrota.





Quando
cayó el
soldado
Vojkovic

*Dejó de vivir el papá de Vojkovic
y la mamá de Vojkovic y la hermana
También la novia que tejía
y destejía desolaciones de lana
y los hijos que nunca
llegaron a tener
Los tíos los abuelos los primos
los primos segundos
y el cuñado y los sobrinos
a los que Vojkovic regalaba chocolates
y algunos vecinos y unos pocos
amigos de Vojkovic y Colita el perro
y un compañero de la primaria
que Vojkovic tenía medio olvidado
y hasta el almacenero
a quien Vojkovic
le compraba la yerba
cuando estaba de guardia*

*Cuando cayó el soldado Vojkovic
cayeron todas las hojas de la cuadra
todos los gorriones todas las persianas*

GUSTAVO CASO ROSENDI



Juan López y John Ward

Les tocó en suerte una época extraña.

El planeta había sido parcelado en distintos países, cada uno provisto de lealtades, de queridas memorias, de un pasado sin duda heroico, de derechos, de agravios, de una mitología peculiar, de próceres de bronce, de aniversarios, de demagogos y de símbolos. Esa división, cara a los cartógrafos, auspiciaba las guerras.

López había nacido en la ciudad junto al río inmóvil; Ward, en las afueras de la ciudad por la que caminó Father Brown. Había estudiado castellano para leer el Quijote.

El otro profesaba el amor de Conrad, que le había sido revelado en una aula de la calle Viamonte.

Hubieran sido amigos, pero se vieron una sola vez cara a cara, en unas islas demasiado famosas, y cada uno de los dos fue Caín, y cada uno, Abel.

Los enterraron juntos. La nieve y la corrupción los conocen.

El hecho que refiero pasó en un tiempo que no podemos entender.

JORGE LUIS BORGES



Presencia y futuro de las islas



Posguerra y disputas simbólicas por el relato

El 14 de junio de 1982 las fuerzas argentinas en las Malvinas se rindieron. Breve y cruenta, la guerra produjo el descrédito del gobierno militar y de las instituciones castrenses. Murieron 650 soldados, y más de mil resultaron heridos. El fracaso abrió la puerta para masivas denuncias por violaciones a los derechos humanos, e impulsó a los grandes medios gráficos, reticentes hasta ese momento, a difundir con amplitud informaciones acerca de las atrocidades cometidas por la dictadura.

Los ex soldados combatientes, sus familias, sus compatriotas y el Estado argentino (en su último año de gobierno de facto y primeros democráticos) debieron procesar la experiencia de la guerra en las islas. Las condiciones no eran favorables. La dictadura escondió el regreso de los soldados, les prohibió transmitir sus vivencias, pero tan tempranamente como en agosto de 1982 ya existían agrupaciones de ex soldados conscriptos, que reivindicaban su experiencia en defensa de la patria a la vez que denunciaban a los altos mandos.

Apareció un concepto clave: “desmalvinización”. Inicialmente, este aludía a la con-

signa de no entregar a los reivindicadores de la dictadura un símbolo tan entrañable como el de las islas; se temía que desde la guerra buscarían mejorar su vapuleada imagen. Era muy difícil pronunciarse con claridad sobre lo que había sucedido en el Atlántico Sur: ¿podía reivindicarse como patriótica una guerra conducida por una dictadura, perpetradora de los crímenes que comenzaban a conocerse masivamente? Muchos sectores, entre ellos los ex soldados combatientes, entendieron que la desmalvinización significaba, lisa y llanamente, la voluntad tanto del gobierno militar como de los democráticos de “olvidar” Malvinas, la guerra, y por extensión, la defensa de la soberanía, los intereses nacionales, y a los protagonistas mayoritarios del conflicto: los jóvenes conscriptos recientemente desmovilizados, que irrumpieron en el último año de la dictadura y la “primavera democrática” con sus consignas radicales y su simbología a veces excesivamente militar en aquellos años.

Las dificultades para calificar la guerra, honrar a algunos de sus protagonistas y condenar a los responsables de la im-

provisación y la pérdida de tantas vidas alcanzaron un clímax en la Semana Santa de 1987, cuando frente a la sublevación carapintada el presidente Alfonsín calificó a los alzados como “héroes de Malvinas” ante una multitud que colmaba la Plaza de Mayo en defensa de la democracia.

Desde 1982, la democracia enfrenta el desafío de remontar un camino diplomático y material que la aventura militar hizo retroceder varias décadas. Al mismo tiempo, las memorias de las batallas en Malvinas, de sus muertos y sus sobrevivientes, abrieron la posibilidad, que no todos quisieron explorar, de pensar nuevas formas de vincularse con la nación.

Los nudos que atan a la represión ilegal con la guerra de Malvinas aún siguen allí.



Republic of the Falklands

POR RODOLFO H. TERRAGNO

La historiografía del conflicto está hecha, casi toda, de sofismas. Los historiadores suelen “adjudicar” primero las islas (sea a la Argentina o al Reino Unido) y buscar luego los fundamentos. Se aferran a todo dato o conjetura que avale su tesis; e ignoran o desmerecen aquello que la desacredite.

Los británicos atribuyen el descubrimiento a John Davis, pese a que el famoso explorador llegó a las Malvinas cuando ya el archipiélago figuraba en diversos mapas, trazados todos mientras España (y sólo España) navegaba el Atlántico sudoccidental.

Los autores hispanoamericanos reclaman, con mayores indicios, que las Malvinas fueron descubiertas por marinos al servicio de la Corona española. No explican por qué la bandera española no flameó en las islas.

La primera en ondear allí (en 1764) no fue la española. Tampoco la Union Jack. Fue la bandera francesa, izada por Louis-Antoine de Bougainville, el fundador de Port Louis, en la isla Soledad.

Sólo cuando Francia cedió ese asentamiento a España, en 1770, nació el derecho que más tarde heredaría la Argentina. De no haber sido por Bougainville, la preferencia la habrían adquirido los británicos, por la ocupación de Port Egmont,

Gran Malvina (1766-1770; 1771-1774). La cesión francesa fue seguida por décadas de gobierno español y, luego, argentino. En total, 66 años. No fueron años de dominio simbólico. Entre 1767 y 1834 hubo en las Malvinas una intensa actividad política, económica y social.

La ocupación francesa, la cesión a España y el gobierno efectivo fueron los argumentos de los cuales se valió Manuel Moreno, en 1833, para cuestionar la ocupación británica. Moreno —embajador en Londres— fue el más brillante y sagaz defensor de la causa argentina.

No obstante, como Tomás Guido lo advirtió 18 días después del arrebato, la reivindicación argentina no dependía de razones jurídicas sino de una adecuada estrategia.

El “lancero amado” de San Martín propuso:

1. Mantener la cabeza fría.
2. Hacer el reclamo diplomático.
3. Entender que el reclamo no bastaba.
4. Tener en cuenta que Inglaterra quería las Malvinas para dominar el comercio con el Pacífico americano.
5. Buscar puntos de apoyo en los competidores de Inglaterra.

6. Transformar el caso Malvinas en una cuestión europea.
7. Llevar adelante una política de alianzas, sobre todo con los franceses.
8. Explorar la posibilidad de sumar a Estados Unidos.
9. Promover la solidaridad iberoamericana.
10. Dentro del país, procurar el apoyo popular a la causa, sin provocar el exceso de confianza.

A lo largo de décadas, la política y la diplomacia argentinas exhibirían menos claridad y criterio práctico que Guido.

Tras innumerables reclamos, repetitivos e infructuosos, en 1982 un régimen militar cayó en la tentación de usar la fuerza, con resultados trágicos.

La guerra de Malvinas no sólo llevó a que el Reino Unido recuperase y afianzara su dominio de las islas. Dio lugar a un nuevo peligro: la eventual creación de la *Republic of the Falklands*.

El ex canciller Robin Cook lo dijo con todas las letras en 1999:

*Debemos fundarnos sobre la autodermi-
nación. Nuestros territorios de ultramar
[como las Falklands] serán británicos*



DANGER
MINES

mientras ellos deseen ser británicos. Cuando requieran su independencia, Gran Bretaña la otorgará de buena gana.

Nadie puede ignorar que varios micro-estados, que forman parte de las Naciones Unidas, tienen menos superficie o menos producto *per cápita* (PPP) que las Malvinas:

SUPERFICIE	HABITANTES	PPP per cápita
Rep. de Palau 458 km ²	20.570	US\$ 8.941
Rep. de Nauru 21 km ²	9.378	US\$ 5.000
Rep. de Tuvalu 26 km ²	10.169	US\$ 3.140
Falkland Islands (Malvinas, como si fueran un país) 12.173 km ²	2.967	US\$ 35.400

La independencia no dejaría a los isleños en manos de Dios. Al igual que Estados Unidos y Francia, el Reino Unido tiene *estados asociados*: sin perjuicio de elegir gobierno propio, las ex colonias pueden confiar su defensa, sus relaciones exteriores y sus relaciones económicas internacionales a la antigua metrópoli.

La oportunidad de contrarrestar ese peligro la ofrece una ley británica de 1983 que, hasta ahora, nuestros gobiernos se han negado a esgrimir.

La Argentina negó siempre que los isleños fueran un pueblo. Ha sostenido

invariablemente, que “los habitantes de las islas son británicos”, habitantes de un territorio, frente a las costas argentinas, que nuestro país reclama como propio.

La diplomacia británica repetía que los isleños eran terceros, cuya voluntad debía ser respetada. Según la legislación del Reino Unido, así era: la *British Nationality Act 1981* calificaba a los isleños como “ciudadanos de territorios dependientes británicos”: una categoría que no les daba derecho a vivir ni a trabajar en Gran Bretaña.

Todo cambió a partir del desembarco de tropas argentinas en las Malvinas el 2 de abril de 1982. Ese desembarco —que inició un gobierno provisional argentino, de 73 días— movió a que el Reino Unido reconquistara las islas.

La reconquista demandó un enorme esfuerzo de guerra, a lo largo del cual 255 británicos perdieron la vida y unos 700 fueron heridos. Siete barcos de la Royal Navy fueron destruidos, y 14 resultaron averiados. Veinticuatro aviones de la Royal Air Force fueron abatidos. Ese sacrificio humano y material fue justificado, en Londres, alegando que no se podía permitir una agresión fructífera y, sobre todo, que el Reino Unido tenía la obligación de imponer los “deseos” de los isleños.

El gobierno de la primera ministra Margaret Thatcher acuñó una expresión que se convirtió en el lema de la guerra por las islas: “Los deseos de los isleños son supremos”.

Luego de aquel sacrificio colectivo, el Parlamento británico ya no podía negarle a

los *Falkland Islanders* el “supremo deseo” de la ciudadanía plena.

La *British Nationality (Falkland Islands) Act 1983*, del 28 de marzo de 1983, dispuso: “Una persona nacida en las *Falkland Islands* (...) será ciudadana británica si al momento del nacimiento su padre o madre es ciudadano británico; o residente en las *Falkland Islands*”.

Esa ley, además, convirtió en ciudadanos británicos a todos los isleños que, desde la ley de 1981, eran “ciudadanos de territorios dependientes británicos”.

A partir de entonces, los *islanders* son reconocidos tan británicos como los de Londres, Liverpool o Manchester.

La *British Overseas Territories Act 2002* amplió el derecho de los nacidos en Malvinas: por la ley de 1983 no se les podía negar la ciudadanía, pero ellos debían solicitarla; ahora, la adquieren por el solo hecho del nacimiento.

La Argentina no se valió del hecho nuevo. Se trataba de presentar la *British (Falkland Islands) Nationality Act 1983* y la *British Overseas Territories Act 2002* ante el Comité de Descolonización de la ONU.

Esos instrumentos legales, emanados del Parlamento británico, prueban que el conflicto es bilateral. Un grupo de británicos no está en condiciones de arbitrar un conflicto entre su propio país y la Argentina. Los isleños no pueden ser jueces y parte. Urge ganar el tiempo perdido.

Hay que actuar antes de que se proclame la *Republic of the Falklands*.



Malvinas: la sabiduría de la historia

POR JORGE TAIANA

Esta muestra constituye en sí misma un orgullo para todos los argentinos y una manera de honrar, desde nuestra propia historia, a nuestros veteranos y caídos, en el 30° aniversario del conflicto del Atlántico Sur. Una vez más, la historia acude para explicar el presente y el futuro de una cuestión que se vincula íntimamente con la construcción de nuestra identidad nacional. Recorrer el pasado nos ayuda a analizar el presente y comprender que la disputa de soberanía sobre las Islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur y los espacios marítimos circundantes no empieza ni termina con el conflicto armado de 1982.

Los documentos que nos acerca la muestra evidencian los títulos heredados de la Corona española y confirman la centralidad de la Cuestión de las Islas Malvinas desde los albores de la independencia. El Estado naciente designó autoridades, adoptó legislación específica e impulsó actividades económicas, todos ellos actos demostrativos del ejercicio de su soberanía. Actos que jamás fueron objetados por el Reino Unido durante el proceso de reconocimiento del Estado argentino, el cual concluyó con el Tratado de Amistad, Comercio y Navegación de 1825.

En 1833 los británicos ocuparon por la fuerza las islas, expulsando a los pobladores criollos. Esto fue inmediatamente rechazado y protestado por las autoridades argentinas, que nunca consintieron el acto de fuerza.

Esta historia de atropellos no quedó circunscripta a las islas Malvinas. La voracidad imperialista se plasmó en las Invasiones Inglesas de 1806 y 1807. Y, luego de consumada la usurpación de las islas en 1833, Gran Bretaña realizó un nuevo intento de avanzar contra la Argentina continental, en 1845, en la recordada Vuelta de Obligado.

Este mismo pasado nos vuelve testigos de la paciente y férrea política de la Argentina que, desde la usurpación de 1833, ha venido reclamando sostenidamente por la restitución de lo propio, tanto bilateralmente como frente a la comunidad internacional. En este contexto, un hito importante ha sido el reconocimiento obtenido en Naciones Unidas en 1965, cuando la Asamblea General adoptó la Resolución 2065 (XX), la cual admite la existencia de una disputa de soberanía sobre las Islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur y los espacios marítimos circundantes, a la que denominó "Cuestión de las Islas Malvinas". Dicha resolución insta

a la Argentina y Gran Bretaña a negociar su solución pacífica y definitiva, descartando la aplicabilidad del principio de la libre determinación por cuanto, a diferencia de los casos "clásicos" de colonialismo, en la cuestión Malvinas no existe un "pueblo" sojuzgado, sometido o explotado por una potencia colonial. Lo que sí existe es un territorio ocupado por una potencia extranjera, en violación de la integridad territorial de un Estado.

El Comité Especial de Descolonización ha reiterado anualmente hasta nuestros días idéntico llamamiento. Desde 1966, en cumplimiento del mandato de la comunidad internacional, se desarrollaron negociaciones bilaterales por más de 10 años. Durante las mismas, se analizaron varias propuestas de solución que contemplaban el reconocimiento británico de la soberanía argentina. Sin embargo, la intransigencia británica impidió llegar a un acuerdo, que aparecía cada vez más lejano a medida que la posible explotación de hidrocarburos acentuaba el interés imperial.

En 1982, la decadente dictadura que gobernaba la Argentina mediante el terror, tomó una decisión desesperada para sobrevivir a una coyuntura política adversa. Actuando a espaldas del pueblo argenti-



no, malversó su confianza y se apartó del tradicional apego a la solución pacífica de la controversia. Sin embargo, la misma historia nos enseña que, con toda su crudeza, el conflicto armado no cambió la naturaleza de la disputa que se prolonga, irresuelta, hasta nuestros días y que nos enfrenta a la persistente negativa del Reino Unido de cumplir con el llamado de la comunidad internacional y negociar su solución con la Argentina.

En esta senda retrospectiva nos acercamos lentamente al presente, con la expectativa que generó la reanudación de las relaciones bilaterales con las declaraciones conjuntas argentino-británicas de 1989 y 1990.

Lamentablemente, los entendimientos provisionales firmados en la década del 90, en nada sirvieron para volver a dialogar sobre la soberanía de las islas. La política de esos años no fue exitosa: nada movió a los británicos a acercarse a la mesa de negociaciones y la forma en que éstos interpretaron los entendimientos fue una continua, reiterada y permanente desnaturalización de los mismos, a través de acciones unilaterales, ilegales y contrarias, no sólo a los propios entendimientos, sino a las resoluciones de las Naciones Unidas.

En este recorrido, el pasado de frustración nos lanza súbitamente a un presente

superador del que la muestra nos brinda testimonio: la firmeza que caracterizó la política exterior durante el mandato del presidente Néstor Kirchner sobre la Cuestión Malvinas y que continúa en plena ejecución con la presidenta Cristina Fernández. Con Kirchner se inició en 2003 una sostenida política de firmeza y coherencia que consistió en reafirmar, tanto a nivel bilateral como multilateral, los legítimos derechos de soberanía argentina, la existencia de la disputa de soberanía pendiente de solución, la vigencia del llamamiento internacional para reanudar el diálogo bilateral y la denuncia de la intransigencia británica a darle cumplimiento. Con igual firmeza se denunció al Reino Unido por resistirse a cumplir su obligación internacional de resolver la disputa por medios pacíficos, a pesar de la permanente disposición de la Argentina, un comportamiento inadmisibles por resultar contrario al que se espera de un país miembro permanente del Consejo de Seguridad, con responsabilidades en materia de paz y seguridad internacionales. Además del apoyo recibido en las Naciones Unidas y en la Organización de Estados Americanos, la persistente acción diplomática multilateral se ha extendido a múltiples organizaciones regionales y birregionales. Foros como el MERCOSUR, la UNASUR, la recientemente creada

CELAC, entre otros, respaldaron los legítimos derechos soberanos de la Argentina, además de sumarse al llamado de la comunidad internacional para que ambos gobiernos reanudaran las negociaciones para solucionar la disputa de soberanía. Otros foros multilaterales como el G77, las Cumbres de Países de América Latina y el Caribe, de Países Árabes y de América del Sur, las Cumbres Iberoamericanas, entre otras, reiteraron el mandato de la comunidad internacional, instando a ambos países a encontrar una solución pacífica a la disputa.

El sólido respaldo se fortaleció en el rechazo categórico de toda América Latina a las actividades ilegales del Reino Unido en materia militar y las relacionadas con la exploración y explotación de los recursos naturales renovables y no renovables. Este fuerte apoyo al reclamo argentino se ha visto fortalecido por el proceso de integración regional que tiene a la Argentina como uno de sus mayores impulsores. En este marco, la defensa de los recursos naturales deja de ser un interés meramente nacional para convertirse en una prioridad regional.

Como testigo y protagonista privilegiado de esa estrategia de firmeza y coherencia, así como del creciente respaldo latinoamericano a nuestros legítimos derechos soberanos, celebro la iniciativa de la

Biblioteca Nacional de honrar a nuestros Héroes desde la historia. Me asiste un entusiasmo especial al celebrarla porque, como ex canciller de la Nación del gobierno de Néstor Kirchner y luego de la presidenta Cristina Fernández de Kirchner tuve el honor, la responsabilidad y el privilegio de llevar a cabo múltiples acciones en defensa de nuestra soberanía.

Transcurridos 30 años de la guerra de Malvinas, no debemos perder de vista las lecciones que nos deja la historia. A 179 años de la usurpación británica de las islas continúa plenamente vigente el objetivo permanente e irrenunciable de la República Argentina consagrado en su Constitución Nacional: la recuperación del ejercicio pleno de nuestra soberanía sobre las Islas Malvinas, Georgias del Sur, Sandwich del Sur y los espacios marítimos circundantes, respetando el modo de vida de sus habitantes y conforme a los principios del derecho internacional.

La historia es sabia porque nos enseña a identificar aquellos momentos de plenitud que suceden siempre a las etapas de frustración. Vivimos hoy un momento en el que el reclamo soberano argentino ha cosechado creciente apoyo, deliberada difusión, unánime compromiso y relevancia regional. Cimentar la justicia y la razón que nos asiste ya no es un desafío futuro sino una tarea presente y de todos.



Hacia una política constante

POR RAÚL ALCONADA SEMPE

Ha pasado mucho tiempo desde el fin de la guerra, y el proceso de consolidación de la democracia ya lleva más de 28 años, durante el cual sólo ha habido gobiernos elegidos libremente por el pueblo argentino.

Es razonable suponer que existe conciencia de lo que se ha hecho, de los errores que se cometieron, de las cosas que se hicieron bien o de lo que faltó para que fuesen eficaces, y una lección que deberíamos aprender todos, es que la recuperación de las islas Malvinas es una causa nacional que no tiene plazo, y que requiere perseverancia, convicción y tolerancia. La recuperación no será producto de un acto, de un gobierno o de una persona, sino que sólo podrá alcanzarse tras la continuidad de una política perseverante y pacífica, tal como ocurrió en 1965 con la Resolución 2065 de la ONU, que se obtuvo después de muchos años de reclamos y de una política que apuntó a dar confianza a la comunidad internacional debido a que la Argentina tendría en cuenta los *intereses* de los isleños; ejemplo de esto fue el hecho de que antes de la guerra el Estado argentino tuviera presencia en las islas a través de maestras, del Correo y de YPF. Los *intereses* que deberán ser respetados son determinables mediante una negociación bilateral con el Reino Unido,

algo muy distinto a atender los *deseos* o la *autodeterminación* de los isleños, ya que esto implicaría legitimar la ocupación por la fuerza en 1833.

El daño que la guerra provocó es enorme, en vidas humanas y en la causa de Malvinas, y la única explicación que se puede encontrar es la intención de perpetuarse en el poder.

La especulación en Buenos Aires fue que Estados Unidos comprendería la necesidad del gobierno argentino y que no se sentiría atacado, ya que sólo era un conflicto dentro del bloque occidental, y que la Casa Blanca tendría en consideración el papel de socio de la dictadura argentina en el plan para desestabilizar la Revolución Sandinista y aplicar la doctrina de seguridad nacional.

Existe una suposición bastante generalizada de que la dictadura militar habría recibido una señal favorable desde Washington; y es que resulta difícil imaginar que Washington no supiera con anticipación de los planes de Buenos Aires, y más aun cuando la dictadura le informó antes de la operación militar a los principales diarios. Las movilizaciones a favor de la ocupación militar de las islas y la equivocada reacción de la mayoría de la dirigencia

política y social, seguramente incidieron en el ánimo del gobierno argentino para rechazar el ultimátum del gobierno norteamericano.

La mayoría de los dirigentes políticos y de los medios de comunicación tuvieron su parte de responsabilidad al adoptar una actitud oportunista que los llevó a apoyar la invasión, como si hubiera sido posible que una dictadura que asesinaba y hacía desaparecer personas, que negaba la libertad y la soberanía al pueblo, hubiera podido convertirse, por ese solo acto, en un gobierno capaz de liberar un territorio, mientras mantenía ocupado militarmente el resto del país y destruía la economía nacional.

En nuestro caso, casi en soledad, disintimos con la mayoría. La Juventud Radical de la Provincia de Buenos Aires, reunida en Necochea, el 11 de abril de 1982, condenó la acción decidida por una dictadura militar y denunció la verdadera intención de perpetuarse en el poder, sin perjuicio de reiterar la justicia de la causa argentina.¹ La misma posición adoptaron Raúl Alfonsín y Arturo Illia, en contra de la conducción del partido.

El plan político del régimen militar se mantuvo y continuó avanzando hacia la

1. Ver <http://necochea1982jrmalvinas.blogspot.com/>



guerra, y también el gobierno británico comenzó a especular, por razones de política doméstica, con la escalada del conflicto armado, lo que lo llevó a rechazar una convocatoria del presidente del Perú, Fernando Belaúnde Terry, para un diálogo, y dio la orden de hundir el *Crucero General Belgrano* a pesar de que este barco no estaba en la zona de guerra.

Las islas fueron una excusa para ambos gobiernos, que utilizaron el conflicto sin considerar la pérdida de vidas; el Reino Unido invocó el derecho de los isleños en contradicción a la política colonial que generó el imperio británico, reprimiendo y combatiendo todos los procesos de independencia de sus colonias; la Argentina, por su parte, invocó la soberanía nacional a pesar de que impedía el ejercicio de la soberanía popular a todos sus habitantes, e imponía una política económica contraria al interés nacional. Cabe distinguir entre la dictadura militar y aquellos oficiales, suboficiales y soldados conscriptos que lucharon y murieron en las islas o en el mar con honor y heroísmo.

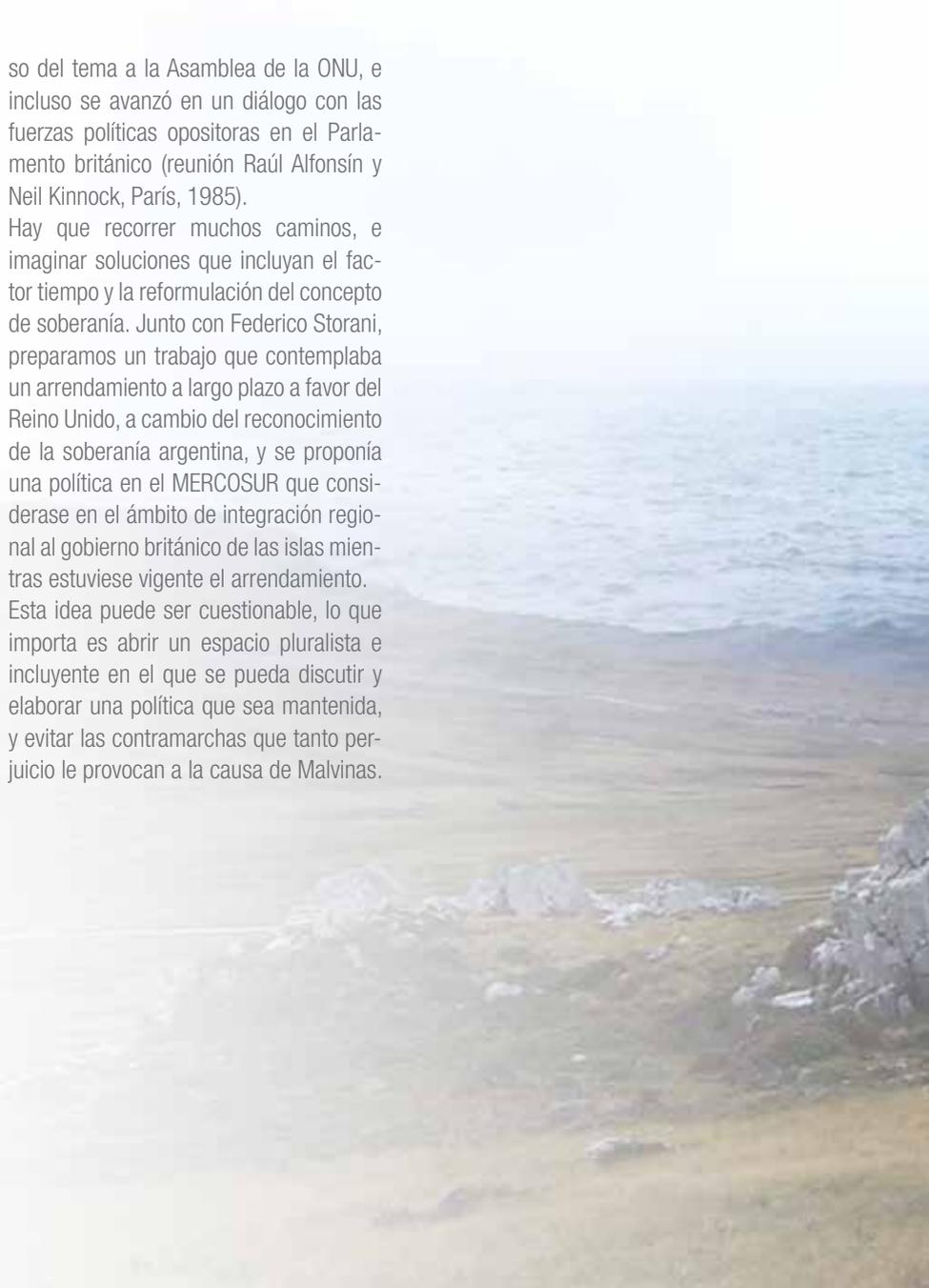
Por todo esto puede afirmarse que la guerra de Malvinas y la esencia de la dictadura militar estuvieron íntimamente relacionadas.

Hay que hacer hincapié en que desde que el pueblo recuperó el ejercicio de la soberanía popular jamás se hizo un acto de fuerza, y que la democracia ha retomado el reclamo por las vías diplomáticas. En el caso del primer gobierno de la recuperación democrática, la opción fue el regre-

so del tema a la Asamblea de la ONU, e incluso se avanzó en un diálogo con las fuerzas políticas opositoras en el Parlamento británico (reunión Raúl Alfonsín y Neil Kinnock, París, 1985).

Hay que recorrer muchos caminos, e imaginar soluciones que incluyan el factor tiempo y la reformulación del concepto de soberanía. Junto con Federico Storani, preparamos un trabajo que contemplaba un arrendamiento a largo plazo a favor del Reino Unido, a cambio del reconocimiento de la soberanía argentina, y se proponía una política en el MERCOSUR que considerase en el ámbito de integración regional al gobierno británico de las islas mientras estuviese vigente el arrendamiento.

Esta idea puede ser cuestionable, lo que importa es abrir un espacio pluralista e incluyente en el que se pueda discutir y elaborar una política que sea mantenida, y evitar las contramarchas que tanto perjuicio le provocan a la causa de Malvinas.





Malvinas y nuestra índole

POR RAFAEL BIELSA

Los argentinos que tenemos el privilegio de poder leer y pensar (faltaría más añadirle otra agonía a los que ni siquiera lo tienen), nos vemos más como contrincantes que como allegados, preferimos agraviarnos a debatir ideas y con alguna periodicidad colocamos el *switch* en modalidad “romper vidrios del Estado, que por ser de todos no son de nadie”. El presidente del Uruguay José Mujica lo expresó con sus palabras: los argentinos queremos más a los uruguayos de lo que nos sabemos querer. *Quand même...*

Lo que antecede no pasa de la pretensión de apunte. Sin embargo, todos los días escritos y expresiones lo subrayan. Así, Malvinas y la Gran Bretaña son un pretexto —en el país del “vale todo”— para expresar algo profundo de nuestra índole.

El “vale todo” es una manifestación paleontológica de la ética. Algo así como un estadio infantil de las promesas que históricamente constituyen una nación. Para aferrarnos a algo firme en mitad del tempestuoso concepto de “nación”, todavía son válidas las pautas que Ernest Renan impartió en 1882, en clave liberal-democrática: es un sentimiento

común, forjado por los sacrificios pasados y los que se están dispuestos a asumir en el futuro y su existencia, un plebiscito de todos los días. Malvinas cumple los requisitos para ser considerada una parte —en este sentido y en todos— de la Nación.

En mi caso, siento amor por mi Patria (mía, de mis hijos y de mis ancestros) y me considero obligado respecto de mis conciudadanos. Las reflexiones respecto de Malvinas deben contextualizarse dentro del panorama descrito.

La cuestión del largo plazo es un problema argentino de corto plazo. Hay una expresión intransferible de nuestra impaciencia: “el día del arquero”, hija del providencialismo y madre de la exasperación. Pues bien, hay frutos a los que es necesario esperar en una diligente paciencia, pues en su naturaleza es donde reside su maduración. Lo que se obtiene sin perseverancia para conseguirlo suele ser efímero, pues como no persistimos para la obtención no sabemos cómo se tramita la conservación.

Que las Malvinas son argentinas no lo dice sólo la Constitución Nacional, Sean Penn o alguna encuesta británica. Hay montañas de argumentos jurídicos que no ca-

brían aquí, sólo refutados por berrinches de súbditos de la Corona británica. Desde mi punto de vista, y dado que asumo que el problema no son 4, 40 o 400 años sino lo que hagamos en el entretanto conviviendo con el mientras tanto, la clave para que prevalezcan la verdad y el tiempo son la consistencia de los argumentos del reclamo y su fervor.

Suele plantearse que la soberanía argentina colisiona con los derechos de los ingleses que viven en Malvinas en cuanto al respeto de su modo de vida y conforme a los principios de normas internacionales. Más allá de que ése es precisamente un argumento británico, se trata de un error jurídico. No existe ningún obstáculo para que Malvinas sea una provincia; más, dicho enfoque federal —como lo ha explicado diáfanoamente el profesor Gustavo Arballo— le habilita el derecho a tener una Constitución propia, en la que definirá su sistema de gobierno y su sistema de justicia, con tres condiciones básicas: asegurar un sistema de justicia, la educación primaria y un régimen municipal (artículo 5 de la Constitución Nacional).

“Patrioterismo”, “sacralización” y “agitación” son vocablos que no dimanan



de la posición argentina en su reclamo. Son sustantivos que algunos sectores usan para descalificarla. Por lo tanto, no me siento en la obligación de aceptarlos. Así como es inconveniente usar los argumentos de nuestro contradictor para fundar una posición alternativa en el tema Malvinas, es sensato usarlos si convienen a los intereses argentinos. El 10 de julio de 1940 comenzó la denominada “Batalla de la Gran Bretaña”. Al respecto escribió Winston Churchill: “Poco podíamos escoger en cuanto a calidad en los aviones de combate (...). Los aviadores germanos tenían la conciencia de su superioridad numérica (...). Los nuestros tenían (...) esa resolución que la raza británica desarrolla plenamente bajo los embates de la suma adversidad”.

Tan cierto es que “la historia no es reversible” cuanto que hoy estamos escribiendo la historia del futuro. El pueblo argentino —estoy convencido— puede y debe extraer de sus reservas más nobles la voluntad que ha mostrado otras veces en las horas aciagas. Esto es lo que nos exigen Malvinas, sus recursos naturales y los derechos de soberanía que pretendemos sobre la Antártida. La historia que escribimos en presente para enorgullecernos de ella cuando sea mañana. No es la Gran Bretaña de hoy quien está demasiado autorizada a reclamar en nombre del principio de autodeterminación de un pueblo, cuando en 1971 expulsó por la fuerza a

los isleños nativos habitantes de la isla de Diego García, en el océano Índico.

El contexto de apoyo internacional concreto es el más favorable con que Argentina contó a lo largo de las últimas décadas. Somos crecientemente fuertes como para que nuestras voces sumadas perturben la flema británica. Es lo que desde hace tanto tiempo deseaba ver.

El encanto de la novedad de quienes discrepan se dispersará y fraccionará con rapidez proporcional a la inconsistencia de sus posiciones. En los esfuerzos y la cohesión de hoy dependen los frutos de mañana, como las tribulaciones del presente son hijas de la improvisación (dirigencial) y del heroísmo (popular) de 1982.

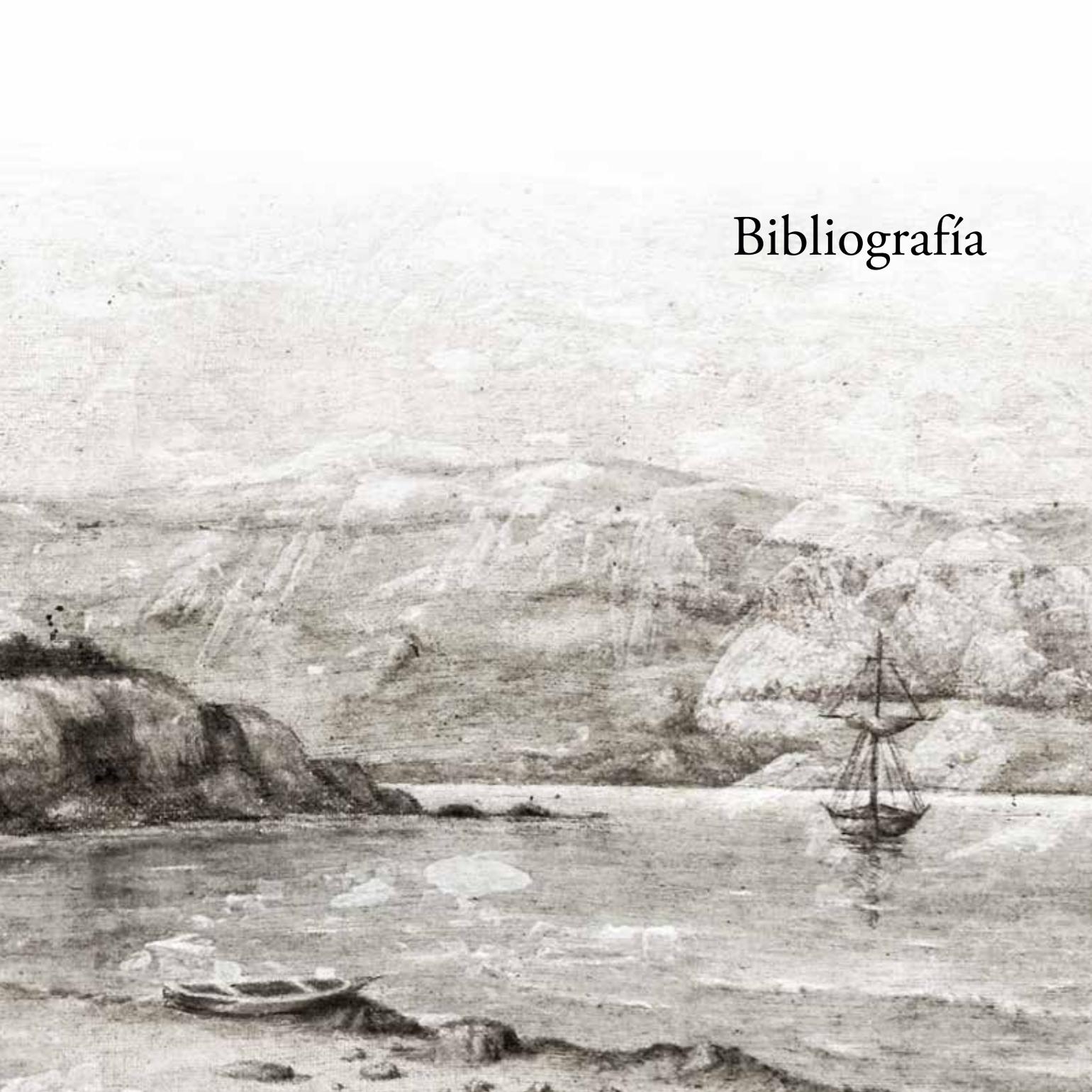
Necesitamos sumar más acciones concretas como para que la imposición colonial resulte crecientemente costosa. Necesitamos ideas para enriquecer estas políticas. Con respeto, no necesitamos voces argentinas que nos digan que Gran Bretaña tiene la razón.







Bibliografía



Bibliografía*

Sala del Tesoro Estudios y documentos

Bougainville, Louis-Antoine de, *Voyage autour du monde, par la frégate du roi La Boudeuse et la flûte L'Étoile, en 1766, 1767, 1768 & 1769*, París, Saillant & Nyon, 1771.

Colección de documentos oficiales con que el Gobierno instruye al cuerpo legislativo de la provincia del origen y estado de la cuestiones pendientes con la República de los E. U. de Norte América, sobre las Islas Malvinas, Buenos Aires, Imprenta de la Independencia, 1832.

De Angelis, Pedro, (comp.), *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*, t.1, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836.

D'Urville, *Flore des îles Malouines*, [s.l.], [s.n.], 1825.

Falkner, Thomas, *A description of Patagonia and the adjoining parts of South America: containing an account of the soil, produce, animals, vales, mountains, rivers, lakes &c. of those countries; the religion, government, policy, customs, dress, arms, and language of the indian inhabitants; and some particulars relating to Falkland's Islands*, Hereford, C. Pugh, 1774.

Fitz Roy, Robert, *Narrative of the surveying voyages of his majesty's ships Adventure and Beagle, between the years 1826 and 1836, describing their examination of the southern shores of South America, and the Beagle's circumnavigation of the globe*, vol. 2, Londres, Henry Colburn, 1839.

Frezier, Amedée Françoise, *Relation du voyage de la Mer du Sud aux côtes de Chily et du Perou : fait pendant les années 1712, 1713 & 1714*, París, Nyon, Didot, Quillau, 1732.

Gómez Langenheim, A., *Elementos para la historia de nuestras islas Malvinas*, vol.1, Buenos Aires, El Ateneo, 1939.

Gómez Langenheim, A., *Elementos para la historia de nuestras islas Malvinas*, vol. 2, Buenos Aires, El Ateneo, 1939.

Hernández, José, *Las Islas Malvinas*, Buenos Aires, Joaquín Gil, 1952.

Moreno, Juan Carlos, *Nuestras Malvinas. La Antártida*, Buenos Aires, El Ateneo, 1956.

Moreno, Manuel, *Reclamación del Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata contra el de su Magestad británica, sobre soberanía y posesión de las islas Malvinas* [Falkland]: *discusión oficial*, Londres, Arturo Carlos Luthman, 1841.

Ouseley, William Gore, Hotham, Charles y Hadfield, William, *Brazil, the River Plate and the Falkland Islands with the Cape Horn route to Australia, including notices of Lisbon, Madeira, the Canaries and Cape Verds*, Londres, Longman, Brown, Green and Longmans, 1854.

Pernety, Antoine Joseph, *Histoire d'un voyage aux Isles Malouines, fait en 1763 & 1764, avec des observations sur le Detroit de Magellan et sur les Patagons*, t.1, París, Saillant & Nyon, Delalain, 1770.

Snow, William Parker, *A two years' cruise off Tierra del Fuego, the Falkland Islands, Patagonia, and in the River Plate: a narrative of life in the southern seas*, vol. 2, Londres, Longman, Brown, Green, Longmans & Roberts, 1857.

The establishment of an English colony in Falkland's Island..., [s.l.], [s.n.], [s.d.].

Thoughts on the Late Transactions respecting Falkland's Islands, Londres, T. Cadell, 1771.

Vernet, Luis Emilio, *Solicitud al H. Congreso Argentino que hacen los herederos de D. Luis Vernet pidiendo indemnización por la propiedad de los terrenos que le fueron concedidos por el gobierno argentino en las islas Malvinas*, Buenos Aires, La Nación, 1878.

Vernet, Luis, *El derecho de la República Argentina [sic] a las Islas Malvinas*, 1832.

* Selección de obras presentes en la Biblioteca Nacional con temáticas referidas a las islas Malvinas.

División Libros

Estudios, crónicas y testimonios

Academia Nacional de la Historia, *Exposición histórica de las Islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur: Salón Peuser, 24 de julio - 7 de agosto de 1964*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1964.

Caillet-Bois, Horacio, *Una tierra Argentina: las islas Malvinas*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1982.

Caillet-Bois, Ricardo R., *Las Islas Malvinas: ensayo basado en una nueva y desconocida documentación*, Buenos Aires, Ediciones Peuser, 1948.

Canclini, Arnoldo, *Malvinas 1833: antes y después de la agresión inglesa: un estudio documental*, Buenos Aires, Claridad, 2007.

Da Fonseca Figueira, José Antonio, *David Jewett: una biografía para la historia de las Malvinas*, Buenos Aires, Sudamericana, Planeta, 1985.

Destefani, Laurio H., *Síntesis de la geografía y la historia de las Islas Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur*, Buenos Aires, Centro Nacional de Documentación e Información Educativa, 1982.

Fitte, Ernesto J., *Cronología marítima de las islas Malvinas*, Buenos Aires, [s.n.], 1968.

Groussac, Paul, *Las Islas Malvinas*, Buenos Aires, Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, 1936.

Guber, Rosana, *De chicos a veteranos: memorias argentinas de la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Antropofagia, 2004.

Instituto de Historia Argentina Doctor Emilio Ravignani, *Colección de documentos relativos a la historia de las Islas Malvinas*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1957.

King, Philip Parker y Fitzroy, Robert, *Derrotero de las costas de la América meridional desde el Río de La Plata hasta la bahía de Panamá con inclusión del estrecho de Magallanes, de las Islas Malvinas y Galápagos*, Madrid, Depósito Hidrográfico, 1865.

Kon, Daniel, *Los chicos de la guerra: hablan los soldados que estuvieron en Malvinas*, Buenos Aires, Galerna, 1983.

Lorenz, Federico, *Las guerras por Malvinas*, Buenos Aires, Edhasa, 2006.

Lorenz, Federico, *Fantasmas de Malvinas: un libro de viajes*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2008.

Cardoso, O., Kirschbaum, R. y Van Der Kooy, E., *Malvinas: la trama secreta*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984.

Moneta, José Manuel, *¿Nos devolverán las Malvinas?... Los actuales problemas malvineros*, Buenos Aires, Artes Gráficas Súper, 1970.

Palermo, Vicente, *Sal en las heridas: las Malvinas en la cultura argentina contemporánea*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.

Rozitchner, León, *Las Malvinas: de la "guerra sucia" a la "guerra limpia"*, Buenos Aires, CEAL, 1985.

Greenleaf Cilley Hernández, Ernesto (comp.), *María Sáez de Vernet cronista de nuestra soberanía en Malvinas*, [s.n.], Puerto Luis, 1989.

Speranza, Graciela y Cittadini, Fernando, *Partes de guerra: Malvinas 1982*, Buenos Aires, Edhasa, 2005.

Tinker, David, *Malvinas: cartas de un marino inglés*, Buenos Aires, Emecé, 1983.

Narrativa y poesía

Basualdo, Sebastián, *Cuando te vi caer*, Buenos Aires, Bajo la Luna, 2008.

Borges, Jorge Luis, *Los conjurados*, Madrid, Alianza, 1985

Fogwill, Rodolfo, *Los pichiciegos*, Buenos Aires, El Ateneo, 2010.

Forn, Juan, *Nadar de noche*, Buenos Aires, Planeta, 1991.

Fresán, Rodrigo, *Historia argentina*, Buenos Aires, Planeta, 1991.

Gamerro, Carlos, *Las Islas*, Buenos Aires, Simurg, 1998.

Giardinelli, Mempo, *Cuentos completos*, Buenos Aires, Seix Barral, 1999.

Ratto, Patricia, *Nudos*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2008.

Soriano, Osvaldo, *A sus plantas rendido un león*, Buenos Aires, Sudamericana, 1986.

Vieytes, Raúl, *Kelper*, Buenos Aires, Clarín Aguilar, 1999.



Biblioteca Nacional

Director Horacio González | **Subdirectora** Elsa Barber | **Directora del Museo del libro y de la lengua** María Pia López | **Directora Técnico Bibliotecológica** Elsa Rapetti | **Director de Administración** Roberto Arno | **Director de Cultura** Ezequiel Grimson.

Archivo General de la Nación

Director Juan Pablo Zabala | **Subdirector** Pedro Bevilacqua

Malvinas. Archipiélago de la memoria

Curaduría Federico Lorenz | **Equipo de Investigación** Verónica Gallardo, Roberto Casazza, Bárbara Maier, Daniel Campione, Emiliano Ruiz Díaz, Lucía Casasbellas Alconada, Jorge Díaz, Gustavo Míguez, Patricia Castro, Florencia Ubertalli, Cecilia Larsen, Andrés Tronquoy | **Mapas celestes** Constantino Baikouzis



60

63

60

62

64

66

68

1. Chofel
1. Dorese

R.S.P.N
NIA

C. de la ...



BIBLIOTECA
NACIONAL



Secretaría de
Cultura
Presidencia de la Nación



**Archivo General
de la Nación**

MINISTERIO DEL INTERIOR



Biblioteca Nacional de la República Argentina

Agüero 2502 | Ciudad Autónoma de Buenos Aires
www.bn.gov.ar





en el Archivo de este Departamento Hidrográfico
el Gobierno de Buenos Aires se erigió en Virrey

de Buenos Aires de 8 de Agosto de 1776 nombrando

Archivero de la Biblioteca

Archivero de la Biblioteca

Virrey